



GABRIELA MISTRAL

Padre Bolívar

Recados de la América Nuestra


ELPERRO
yLARANA

Ensayo



Padre Bolívar
*Recados de la
América Nuestra*

GABRIELA MISTRAL

Compilación, prólogo y referencias

Jaime Quezada

Epílogo

Laura Antillano

2.^a edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

1.^a edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

1.^a edición impresa Publicaciones Nuevo Extremo, 2012

© Gabriela Mistral

© Jaime Quezada

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección:

José Jenaro Rueda

Diseño y diagramación:

Ennio Tucci

Imagen de portada:

Mi delirio sobre el Chimborazo, Tito Salas.

Casa Natal del Libertador, *circa* 1929; óleo sobre tela.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4882-2

DL: DC2021001338

Padre Bolívar
*Recados de la
América Nuestra*

GABRIELA MISTRAL

Compilación, prólogo y referencias
Jaime Quezada

Epílogo
Laura Antillano

Ya no voy queriendo otra cosa
que la América, así, a la desesperada,
cerrando a veces los ojos y apretando los puños.
No hay otra manera de quererlo.¹

G. M.

Prólogo

Gabriela Mistral (1889-1957), que nos nace en un elquiño valle cordillerano de Chile, que se recorre el territorio patrio en andanzas educacionales (“no voy sino a los pueblos donde puedo servir”), se nos irá luego Continente arriba en una errancia o extranjería de vagabunda voluntaria. Pero en todo lugar será siempre fiel a sus preocupaciones y motivaciones: su país natal de Chile, su América continente nuevo, y los habitantes de su país y de su América en sus geografías y sus costumbres, en sus maneras de rescatar lo mal deletreado o lo mal averiguado. Mujer de conciencia libertaria y maestra –la que más– sobre todo en una época que el asunto americano gritaba su hambre de didácticas por donde se le cogiese: “América, América. Todo por ella, porque todo nos vendrá de ella”.²

No solo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e iberoamericana del siglo veinte, sino que a la par, también, una mujer-ciudadana

1 Gabriela Mistral, en carta al escritor y diplomático ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide (1882-1965). En *Cartas*, Ediciones del Consejo Nacional de Cultura del Ecuador. Quito: 2000.

2 *El grito*. Texto prosístico en el cual Gabriela Mistral deja de manifiesto sus primeros afanes americanistas y bolivarianos. En *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, abril de 1922.

en su tiempo, en su ahora y en su porvenir. Se diría, conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de una América y la visión del mundo.

Nuestra autora, amén de su trascendente obra poética y prosística, no estará ajena a los acontecimientos políticos, sociales, agrarios, educacionales, femeniles, ecológicos, étnicos e ideológicos que le tocó vivir tanto en sus años de permanencia en Chile como en los otros muchos de su errancia por el mundo. Tales asuntos no la iban a dejar indiferente estuviera donde estuviera: en Santiago de Chile, en ciudad de México, en París, en Madrid, en Lisboa, en Río de Janeiro, en California, en Nápoles, en Nueva York.

Así nacerán sus elocuentes e indesmentibles decires de escritura en artículos, recados y ensayos que testimonian su resuelto ideario en su pensar los asuntos y realidades de su quehacer contemporáneo. Sobriedad y verdad de su lenguaje, historia viva y sin mito de nuestros pueblos totales.

Conciencia viva de una época, sin duda, que denuncia, por ejemplo, y a todos los vientos, la injusticia social (“que hace tanto bulto en el Continente como la cordillera”) o la tiranía de gobiernos acomodaticios. O hablando con fervor de una urgente reforma agraria que favorezca a los campesinos (ella que se define como una campesina de origen, campesina de costumbres y campesina voluntaria o deliberada). O abogando por la paz -la palabra “maldita”, como la llama en certera frase reivindicatoria-, ella, pacifista de todos los días. O solidarizando con la causa sandinista de los años treinta en Nicaragua. O convocando a los países del mundo, desde la Asamblea General de las Naciones Unidas un 10 de diciembre de 1955, a respetar con gracia justiciera los Derechos Humanos: “Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los Derechos

Humanos fuese adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo”, dirá entonces con énfasis rotundo en su mensaje también rotundo.

El tema de la América constituye no solo uno de los fundamentos de la obra toda de Gabriela Mistral, sino también uno de sus desvelos permanentes: pasión y voluntad atenta del destino del Continente nuestro. Vocacional y vivencialmente americanista y bolivariana de siempre, tuétano y sien adentro, en emocionalidad y en sentido, en acercamiento a las realidades vivas de lo humano, lo racial, lo histórico, lo geográfico, lo social, lo porvenir. Es decir, una América como expresión de unidad de pueblo a pueblo y de gente a gente: *Somos la América una, somos el Continente*, canta y proclama ella misma, y desde muy temprano, en su poema “Nuestra América”, que abre más allá de su lirismo este identificador y visionario volumen de lo americano.

Ella misma se exigía un describir y un divulgar la América como norma o cartabón de maestra y como lección educadora cotidiana: “Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América. Di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia. Divulga su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. Enseña el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno”.³

Los muchos y sorprendentes textos o *recados* que de la América escribió Gabriela Mistral son su admirativa muestra de adhesión, casi fisiológica, a los más variados

3 *El grito*. Texto citado.

asuntos del Continente. Esos recados, o muy singularísimos textos prosísticos, testimonian su palabra-pensamiento, su palabra-verdad, su palabra-ígneas. Importa en Gabriela Mistral tanto el pretérito como el futuro de su América, tanto el ahora como el día que viene. “Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario”, dice, por ejemplo, de Simón Bolívar (1783-1830), y a quien mucho pareció seguir en su sueño de unidad americana:

A este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba del caballo, era civil, como si al general lo dejase en el estribo. Santo-general no se ha visto y menos un libertador de un continente de tierra y agua. Vivámosle en la permanencia y no sólo en las lentas puntadas de los centenarios.⁴

Un Vasco de Quiroga o un Fray Bartolomé de las Casas, que en tiempos de conquista y arcabuces apostolizan con hechos sus ejemplos cristianos. Y después un Sarmiento, un José Victorino Lastarria, un Juan Montalvo o un José Vasconcelos que hacen su obra pensante y educadora con sentido americanista más allá de su Argentina, de su Chile, de su Ecuador o de su México.

Y, sobre todo, José Martí (1853-1895), “santo de pelea”, como lo llama en activa y piadosa frase. “El maestro americano más ostensible en mi obra”. Y a quien alaba, porque combatió sin aborrecer, luchó sin odio: “Todo es grande y es agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido”. Y más siglo veinte adentro, Augusto César Sandino (1895-1934), sin duda

4 Gabriela Mistral en su recado “El rostro cuarentañero de Bolívar”, en *El Tiempo*, Bogotá, Colombia, 1 de febrero de 1931.

su contemporáneo, “hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no me toque ver otro”, señala Gabriela Mistral en memorables artículos expresando su admiración y su adhesión hacia aquella causa nicaragüense de un pequeño ejército loco y de voluntad de sacrificio.

Estos, y tantos otros ilustres y visionarios y libertarios son los hombres de la América -derroteros morales nuestros y paradigmas de nobles utopías democráticas-, y a quienes Gabriela Mistral admira en alabanza y en conducta, muy lejos de los pedestales estatuarios o de héroes alegóricos. Gabriela Mistral nos enseña y nos motiva elogiosamente, críticamente, a pensar, lado a lado, en las realidades de la bella América y en quienes han hecho con su política y con su espíritu esta faena ciudadana de esa bella América.

Nada de la América, en verdad, fue ajeno a las motivaciones historicistas y ciudadanas en una Gabriela Mistral que estuvo siempre hablando o escribiendo de su América nuestra (o de Nuestra América, en el decir de Martí) con fervor y con pasión, con idea y pensamiento, y sin aplebeyamiento alguno:

Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos para hablar de política, porque la política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos, el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes.⁵

5 Gabriela Mistral en la introducción o voto a su recado “Sandino, contestación

De este pensar y contar la América está constituido este presente volumen, y que reúne aquellos reveladores textos (poemas y recados) en los cuales Gabriela Mistral anduvo siempre, y desde muy temprano, siguiendo no solo el sueño libertario de un Bolívar –Padre Bolívar, como dice–, sino que a su vez, también, permanentemente preocupada de las circunstancias y realidades de una América toda: “En las asomadas dolorosas al hecho americano, cuando advertimos torpeza para las realizaciones, y cojeadura de la capacidad, nos traemos de lejos a nuestro Bolívar, para que nos apunte la confianza en nuestra inteligencia”.⁶

La poeta y maestra chilena, Premio Nobel de Literatura 1954, no solo mantuvo durante toda su vida el pensamiento bolivariano en sus acciones y decires, sino que, además, fundamentó ese pensar tanto en su escritura poética como en la prosística, y en numerosos artículos o *recados* de prensa y textos varios que revelan su permanente preocupación por los destinos de un continente latinoamericano en su contar y su pensar nuestra América: “Nos trabaja una ambición confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuyo delirio queremos volver realidad”.⁷

El tema libertario Simón Bolívar fue muy constante en Gabriela Mistral. Ella misma, vocacionalmente bolivariana –queda dicho–, además de martiana, sarmentiana, sandinista (todo tiempo, toda época de un Continente), ad-

a una encuesta”, en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de marzo de 1928.

6 Gabriela Mistral refiriéndose advocativamente al Libertador Bolívar en su recado “El hombre José Martí”, en *El Tiempo*, Bogotá, 10 de junio de 1932.

7 Gabriela Mistral. “La faena de nuestra América”, conferencia en la Unión Panamericana, Washington D. C., mayo de 1946.

mirará, en alabanza y en conducta, al Libertador de América, al definitivo Bolívar, como lo llama, y a quien mucho pareció seguir en una América unitaria o la América nuestra como rotundamente decía. Recuérdese que uno de los fundamentos del Premio Nobel de Literatura bien señalaba que la autora chilena constituía un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el Continente latinoamericano. Aspiraciones que ella misma se propuso líricamente en *Nuestra América*, su temprano y visionario poema: *Juntemos el pueblo a pueblo a los hombres andinos / que no se ven el rostro, pero se oyen el canto.*

Así, no solo una poesía cargada de intensidad y sentido humano en su siempre reveladora obra literaria, sino, y de manera muy principal, Gabriela Mistral representa a una mujer chilena y latinoamericana del siglo veinte -proyectándose al XXI- que supo decir buenamente lo suyo, y en lo suyo lo de los otros, a través de su pensamiento y de su acción en los temas tutelares de una América. Y, por sobre todo, ella que vivió en lo equinoccial de lo americano y cuanto dijo y escribió le venía de esa muy intensa pasión por las cosas esenciales que siempre amó y defendió: la cultura, la democracia, la libertad y la unidad necesaria de una América tan suya y tan nuestra.

JAIME QUEZADA

Santiago de Chile, julio de 2012

América, América

*¡América, América!
Todo por ella porque todo nos vendrá de ella.*

G. M.

Nuestra América

Digamos la palabra que Dios está soplando
en nuestro oído ahora, digámosla por sierras
y por llanos, clavémosla fieramente en la Tierra,
¡digámosla cantando, digámosla llorando!

Somos la América una, somos el Continente
sobre el que España fue como pecho vertido;
somos la sombra inmensa, de su brazo extendido
y esta sombra no quiébrase en valles ni torrentes.

Nos rompieron el nombre único e infinito,
con el cual la mitad del orbe se decía,
pero Dios, al nombrarnos nos llama todavía
con esas cuatro sílabas que caben en un grito.

Somos la misma carne, que padece y que canta
del Cabo de Hornos a Tejas, una sola crispada
cordillera, de amor y dolor ahuecada,
cuyos ríos hondos nos dan la honda garganta.

Decimos en la misma lengua de terciopelo ardiente,
el padre Nuestro, de ternura deshecho,
y es la lengua otra sangre que nos calienta el pecho,
y es su nudo, la inmensa voluntad de los cielos.

El hombre rubio ha herido la América en la frente:
Santo Domingo y México son tierra lacerada,
y la invasión camina, bajo nuestra mirada;
la ola rubia, callada, desciende al Continente.

Juntemos el pueblo a pueblo a los hombres andinos
que no se ven el rostro,pero se oyen el canto,
juntemos las cien Razas como pliegues de un manto
y bajo el manto, que arda el Corazón Latino.

El grito

¡América, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien. Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechua-español, el araucano-español. Pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo. Cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como la otra, manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérselo todo; poblamos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al *yankee*? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de alguna de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiamos lo que en nosotros no hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América española una, unificada por dos cosas estupendas: le lengua que le dio Dios y el dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y solo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

Salve, América

¡La América Latina! Las manos de Dios se rindieron sobre ella. Su Amazonas es como el calofrío heroico de la Tierra; sus bosques parecen las entrañas ceñidas del mundo; sus metales podrían darnos otro sol, si nos falta el sol.

Pero la América no es nuestra, porque caminos sobre sus mesetas maravillosas, su luz rasga nuestros ojos y aplacamos la sed en los torrentes nativos.

No son nuestras las naves de cuya laceradura se florece el mar; no son mar nuestro los hombres que cantan sobre sus bordas cargadas de frutos. Son nuestros los mineros trágicos que se agitan como sueños en su tumba sin muerte. Son nuestros los hombres curvados como cepas ardiendo que abrieron el istmo. Se palparon en un choque los mares como tritones, pero no es nuestro el canal por donde, hora a hora, pasan las razas del mundo. Son nuestros los leñadores, entre cuyo jadeo que hace el bosque vivo, caen el abeto negro y la encina sangrienta; son ajenos los navíos que llevan nuestra selva como en una fábula, sobre el océano.

Son nuestros el dolor, la entrega, la faena, con sangre. La alegría de crear la enajenamos; la plenitud de poseer no la quisimos.

Tenemos como el estupor de lo que nos fue dado; estamos asombrados del prodigio de la tierra que se abre entre nuestras manos. Somos como dioses que tuvieran el miedo de lo divino.

Desde el Bravo hasta las nieves del sur somos bastantes para nuestra dicha, suficientes para el honor radioso. Pero del Bravo al Estrecho ni nos conocemos ni nos amamos.

Hemos dejado que se crease en el rostro el beso de la madre común, que era el óleo de fortaleza. Solo los puros lo sienten y lo confiesan.

Nos repartieron por los caminos desde una encrucijada, para dejarnos como a la vieja Agar, abandonados de los nuestros. (Y no supimos oír silbido de serpiente pasar entre el consejo). Nos dimos a nosotros mismos nombres distintos para creer en la mentira de la diferencia, y hemos puesto después toda ciencia en el odio, todo refinamiento en el recelo.

Y en cuanto estuvimos olvidados de nuestros destinos, llegó la hora de que bajaran a herirnos.

Heridos, nos acordamos del corro de pueblos que Bolívar, vencido, trazaba con arena de sueños. Alargamos la mano de tarde en tarde para tocar nuestros costados y nos sabemos hermanos porque la sangre en el viento tiene la fragancia de las venas de la madre. Y cerramos los ojos; hacemos caminos de recuerdos. Vemos entonces la encrucijada de 1810, en la que nos dispersamos. Tentamos rehacer el viaje. Es tiempo todavía, porque es tiempo siempre que las almas crean la hora, se entregan ellos mismos para vivificarla.

Ya estamos algunos sobre el camino, anticipados y palpitantes, como Juan bajando a los valles, como todo Bautista de un Cristo vivo, que camina antes de que madure el día, para saludarlo con mayor grito.

No hemos de ser los hijos de Hécuba, que por numerosos no se amaron y fueron quebrados por el destino. Que el ancho corazón nos sirva para que crezcan vigorosos los perdones. La lengua común no nos fue dada para el recelo expiador, sino para el aleluya en medio del ágape feliz.

Hagámonos el nuevo corazón, capaz de las generaciones fecundas; las nuevas entrañas ceñidas de voluntad heroica.

Contémonos de norte a sur, sin pensar en que la raza se hizo pedazos, diciendo dolorosos, la pesadumbre de no haber sido uno siempre.

Y seamos capaces en nuestra carne de la gran llamada en la que sea posible fundirse verdaderamente. Seamos capaces de esta forja suprema.

Este es el día de arder en los crisoles hasta el blanco y de levantar a la tarde, cuajado, eterno, el escudo de la unidad lograda, bajo el cual solo Dios, el Riflero Terrible, podrá encontrarnos y herirnos de muerte.

Voto en el día de las Américas

Nosotros, americanos del norte y del sur, hemos recibido y aceptado con la unidad geográfica cierta comunidad de destino que sería un triple destino de realizar: la riqueza suficiente, la democracia cabal y la libertad cumplida en el Continente.

Puestos por la Providencia a vivir en territorios desatados, favorecidos así con un inmenso hogar físico, nuestra faena ha sido primero la de tomar posesión de la tierra leonina; luego la de obtener en el suelo domado esa suma de bienestar colectivo que las democracias honestas se prometen y se cumplen a sí mismas, y es hoy la de crearnos una costumbre espiritual digna de nuestras herencias raciales y de nuestra fortuna geográfica.

Poseemos la tierra desahogada que no mueve a codicia inútil, una sobriedad republicana que repugna la abundancia viciosa, el consejo unánime de nuestras morales religiosas y laicas que ven en la probidad la única atmósfera durable del mundo y un paisaje piadoso que sugiere la paz como una condición natural del hombre americano.

A lo largo de nuestros 105 grados de latitud, la tierra se muestra como más pronta, como más anhelosa y como más rápida que cualquier tierra a su obligación secreta de regalar la dicha al hombre. Tal vez por estar menos fatigada de generaciones, por hallarse más asistida de aguas y colores genésicos y menos agobiada de población, la tierra americana se ofrece mejor que otra ninguna al brazo movido de justicia para la distribución legítima de su riqueza y para creación de unas civilizaciones morales saturadas

de cordialidad, tejidas con las fibras más ostensibles de las virtudes sociales.

Hijos del Viejo Mundo, e hijos de dos culturas indígenas indudables, buscamos trascender a Europa y a los imperios aborígenes con una democracia cabal y con el concepto más rico de la libertad humana. Situados por la Providencia entre Europa y el Asia, Ella nos impone un deber de comprensión respecto de las sensibilidades opuestas; nuestra doble costa que mira al Occidente y al Oriente tiene al igual que la costa griega la misión de aceptar, comprendiéndolas, a las razas diferentes.

Nuestra obligación de entender que la moralidad diversa de dos culturas no entraña inferioridad respecto de una, y que los grupos humanos suelen manifestar una doctrina idéntica con modulación ya patética, ya serena, debe comenzar en el Continente mismo por medio de una interpretación leal que haga el Norte respecto del Sur, y el Sur respecto del Norte: la buena ética exige, antes que todo, el cumplimiento de los deberes inmediatos. Una mejor comprensión nuestra para el resto del mundo vendrá después, y será ya fácil como las rutas conocidas que el instinto y los ojos siguen bien.

La cultura latina ha hallado en los pueblos del Sur un reino más vasto que el Mediterráneo clásico para gobernar hombres bajo su norma ejemplar; las culturas universales realizan, por su parte, en la América anglosajona, la prueba victoriosa hasta hoy de una fraternización de ellas todas en un mismo territorio. Y esta prueba no la había intentado hasta hoy el mundo con buena suerte.

Nuestros héroes del Norte y del Sur, Bolívar como Washington, Lincoln como San Martín, parecen concebidos en una misma hora por un mismo designio, y son obreros de una faena idéntica. Nuestras constituciones, salidas

de la conciencia de ellos, están iluminadas por una luz igual y destacan un perfil fraterno como las plantas que nutre un humus común.

La América anglosajona, nacida rigurosamente de Europa, ha cumplido más o menos con facilidad una labor semejante a una especie de unificación de las grandes provincias espirituales de Europa, en un territorio nuevo. La América latina ha realizado y sigue realizando con más dificultades y por lo tanto con más dolor, la aleación de dos razas de diverso orden físico y de más diverso ritmo emocional, y su triunfo sobre tales obstáculos tiene la trascendencia de las más rudas faenas cumplidas en el mundo.

Americanos del Norte y del Sur, nosotros vamos a imprimir a la cultura europea, a la institución europea y a los hábitos, al arte, a la pedagogía y la ciencia europeos, una tónica, un acento, un sabor democrático gracias al cual ellos derramen sobre el hombre de las tierras nuevas una belleza y una dulzura mayor.

Hemos llamado a los hombres de los cuatro puntos cardinales, con perfecta liberalidad y con una generosidad que es la de nuestra latitud geográfica, a crear en el Continente razas de facciones universales, capaces de un ensanchamiento de la vida clásica y capaces también de toda la épica futura.

En el cuerpo y la conciencia nacidos en el Continente Americano, educados bajo la costumbre de mayor suelo y el uso de menos ayudas históricas, el observador justo suele anotarnos una bella desenvoltura delante de la empresa grande y una dichosa confianza del futuro. Creemos que la guerra aparecerá a las próximas generaciones americanas como una ilustración de viejas literaturas y una ley de tiempos anulados para ellas por la sensatez piadosa de nuestros legisladores y maestros.

La guerra no haría en el Continente Americano sino enloquecer desde la santidad de nuestro paisaje hasta la sensibilidad colectiva –paisaje interior de las masas–, de modo que a causa de ella tendríamos que rehacer el suelo y reedificar penosamente a la criatura, y está demasiado próximo el recuerdo de la construcción de la América para que podamos comprometer así la obra de nuestros padres.

Nosotros, americanos del Norte y del Sur, amamantados por la leche de veintiuna constituciones que proclaman el respeto de la independencia ajena como una forma primaria de decoro propio, puestos a vivir por Washington y Bolívar bajo el meridiano del derecho de gentes, y adoctrinados desde la escuela primaria hasta la Universidad en la lealtad hacia esa sagrada escritura que son nuestros códigos nacionales, reiteramos a los héroes de los cuales venimos, nuestra voluntad de servir la independencia de estas veintiuna patrias en el mismo grado de dignidad de la nuestra.

Renovamos a ellos voto de repugnar la violencia en el trato de estas veintiuna naciones, como una torcedura hecha en sus normas eternas y rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa, de la cual vivimos y seguiremos viviendo.

América

Después de la trompa épica, más elefantina que metálica de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintana y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no solo de maíz, sino de arroz y cebada. El tono menor fue el bienvenido, y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la Cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas *Rondas* de niños y unas *Canciones de cuna*, balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros y “con la estrella de la fortuna” a mitad de la frente. Puede que, como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del arduo asunto. Igual que otras veces, afronto el ridículo con la sonrisa buena de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arroje en el fuego.

El que discuta la necesidad de hacer, de tarde en tarde, el himno en tono mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del “mucílago de linaza”.

Si nuestro Rubén, después de la *Marcha triunfal* (que es griega o romana) y del *Canto a Roosevelt*, que es ya americano, hubiese querido dejar los Parises y los Madriles y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años –era el caso de perderse a las buenas–, ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían devastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del “Aire suave” o de la Marquesa Eulalia.

Tienen razón: el aire del mundo se ha vuelto un *puelche* (viento de la Patagonia) violento, y el mar de jacintos se muda de pronto en el otro mar que los marinos llaman *acarnerado*.

*

Libertadores

*Nuestros héroes parecen concebidos
en una misma hora por un mismo designio,
y son obreros de una faena idéntica.*

G. M.

Simón Bolívar
(1783 – 1830)

*El vidente primero.
Libertador y organizador de lo libertado.*

G. M.

Padre Bolívar

Hemos crecido y somos muchedumbre
en la gran tierra calculada para tus gentes
y limpiada de intrusos para nuestro sosiego;
somos tantos y no te hemos visto la cara
debiéndote el sol, la honra y el sueño
y sentimos el ímpetu de venir a verte
de llegar en puntillas por si duermes
o con el clamor de hijos si es verdad que estás despierto.
Destapamos tu cara pero no sabemos si es brasa,
es tu fuego guardado nuestra vergüenza o el deseo nuestro
si te vemos ardiendo por las fábulas de las infancias,
porque tiritamos y el ansia nos hace ver fuego.

Cogidos de la mano lo que uno vio todos lo vemos
venidos de tan lejos a hablarte
no queremos volver con el recado que nos enloquece
para alimentarnos de las líneas de tu forma,
para oírte la voz de mando o de contentamiento
y recibirte la mirada con el mando,
la espuela y el punzón de la mirada en oros y negros.

Sientes en la noche, calientes el amor
de los tigrillos finos y los tapires lentos,
que rasguñan de celo y huelen la llanada
en punzada o voluta de unos aromas densos,
y dormido sin besos, rumores y aromas
te consuelan el corazón cargado de Eros.
Oyes en los días los galopes avanzar por el llano tuyo,

oyes al Orinoco paternal acento.
Sabes la tierra que sigue perfecta.
Nos ignoras a nosotros, Padre afligido de silencio,
no sabes que fue de la carne a cuestras,
la gente roja, la gente pálida y la blanca de su testamento.
Pasadores de vados, chupadores de caucho, pescadores de
tortugas,
guerrilleros feos o plantadores de café negro
¿dónde están que está solo el lecho de su padre,
laceadores de pampas, maridados de Ceres,
segadores de caña, por dónde andan perdidos
o encenegados que no vienen al Santo Fuerte,
a pasar velados cantando lo que hacen
en haciendas, en majadas y faldeos
tocando su cara, lamiendo sus pies, oyéndole aliento?

Peregrinas y hermosas gentes cruzadas,
tan variadas como solo Dios las cruzó en arabesco,
medio egipcias, medio mongoles, medio Cames
y a veces en la frente o en la avidez
unos querellándose para creerse iberos,
cantando igual copla y rezando el mismo Padre Nuestro,
juntos cuando se acuerdan de ti pero olvidados
de ti para perderse cual dados en el juego
en las manos de los jugadores del Norte
que juegan grande y sin remordimiento.

*

Extraña procesión de adamitas marcados
por Adán y por ti para reconocerlos
hablando dulce en címbalo o grave en atambor,
y caminando jactanciosos o macilentos

tan tuyos que andan con los que falta en tu carne
y tan ajenos que aventaron tus brazos enteros.

Ciento veinte años, Padre, así con la memoria
rota, y ligeros de no haber recuerdo
hasta esta noche del silbido como lanza
de la seña y el signo para convocamiento
y la vieja obediencia que nos alzó, y la sangre
respondiendo a su Padre por los senderos
y este grupo de carne llegando por fin
en carrera de ciervos amorosos y trémulos.

Ahora no te miramos para contar la vergüenza
y no nos mires pero que nos oigan con tu caracola tus huesos.
También por esto te hemos esperado,
por no hablar volviendo la espalda a tu cuerpo.
La noche es larga para el tendido relato
y las estrellas oyen lo que tienen sabido sus fuegos.

La tierra quedó limpia, rica y fácil
y daba todo, con voltearla como en sueños.
Los gamonales eran los mismos, eran los mismos
pero les dejamos porque nos faltaste en el trance del
tiempo.

Demasiados ingenios y cafetales
para unos hombres como niños y como ellos
demasiadas costas y cordilleras en abras del cielo
para hombres locos de calentura y deseo;
la esmeralda rezumando de la piedra; la perla
en los dientes del boga y el Gamonal-Shiva
que chupa sangre y que no oye lamento
que aprendió en Jesucristo para reencontrarle
en Fray Bartolomé y hacerle acatamiento.

Esto sucedió, Padre, donde había español y maya
Y pasaron setenta años como en el otro Éxodo.

A enseñarnos “Esto es lo vuestro” no alcanzaste,
a repartirnos ríos, llanadas y sustento.
En tus manos estaban las medidas de escuadra y campos
y tus manos benditas no asomaron de nuevo.
Ninguna Sara ni Hécuba los repitió en su vientre
y ningún hombre trajo las tablas del Tabor
y fue así como Jesucristo con Simón
araron el mar, soplaron la piedra y sembraron el viento.

*

Los lujuriosos, los glotones y los danzadores
han bailado las danzas de su contentamiento,
las asirias, las tártaras como las galas
y se les fue acabando brasa de pebeteros,
tapiz profundo y el falerno en el aliento.

Como somos en carne cristiana polvo de Mahoma,
les dejamos bailar sus minués y sus saltos de viejos flamencos
con nuestros ojos que tienen a veces polvo de Pirámides
y con nuestra lengua que deja caer refranes acedos
y nuestro desdén que los rezuma inútiles.

Así no era el Padre armado en el viejo hueso de Vasconia,
que era como el Padre y no como el hijo de los Elementos.
Así somos los que hemos rezado a dioses enfermos
y a unos arcángeles de alas de murciélago que no eran Miguel,
y que en la guerra soplamos con carrillos de viejos
la Antífona larga con la que morimos antes de haber nacido.

En la oscuridad súbita y el crujir de dientes
grasos para el arado, flacos para el majar en el hierro,
los de la danza se han sentado un poco pálidos,
confusos de no poder seguir y queriendo
seguir la danza, como el fuego los condenados,
incapaces de otra dicha que su regodeo.

Oyen hacia el Norte la bocina de los compradores.
Todo compran aquellos hombres rubios y esbeltos:
quieren cafetales, cañaverales y selva,
el cobre como el oro y las esmeraldas como el hierro.
Y su suerte les ha puesto terriblemente próximos
los vendedores dementes y contentos,
a la América nuestra, loca de su maravilla,
ganosa de vender su tierra y su cielo.
Con una seña ofrecen los del Sur, y los del Norte bajan,
Y hay un descenso de torrente de Nueva York a Patagonia.

*

Padre Bolívar, el de los ojos de milano,
tú sabes qué venden los hombres vendiendo su suelo:
la carne de hoy y la carne de mañana;
venden el cuadro donde se sientan los templos,
los pastales de nuestra leche y el viñedo de nuestro vino,
la tierra de nuestros pies y el aire de nuestro aliento.
Un sargento ha cedido el desierto de sal,
un viejo enfermo el caucho de nuestro reino
y todos han dado los petróleos y las maderas
y los metales de nuestros hornos y nuestros fuegos.

A los que vienen ¿qué les daremos, padres dementes?
Les daremos la esclavitud egipcia o la babilónica,

el yugo vuelto a soldar para sus lomos,
la deuda de los eslabones sin cuento
y el odio impotente que brama sin pica ni puñal
y los ojos bizcos de los que saben la libertad y tienen dueño.
Mujeres nuestras, conciben porque no han visto el futuro,
que si lo vieran negarían su vientre al dar su beso;
echan la flor de carne porque miran la tierra y la hallan vasta,
amamantan y acunan porque no están en el secreto.
Creíste, Padre, que dejabas la tierra segura como la luz,
Para cada mujer un huerto y para los hombres un reino.
Esta es la confesión que te traíamos, Pobre Padre,
y que nos hacía castañetear los dientes de abominación.
La hemos echado como la serpiente vomita el ratón,
con la cara vuelta para no salpicarte de su veneno.

Hierves en tu sepultura porque ya lo sabes,
se oye su fermento como el de cerveza y suero
y te oímos el revolverse de tu levadura,
con dicha y con miedo de saberte vivo creyéndote muerto
y se aplacó tu corazón de contar a tus hijos y medirles los
trigos
sin saber que el mestizo es capaz de vender el lecho de su
contento
y de pagar la hora con los siglos de sus mayores
y de trocar su paraíso por su infierno.
Suenan como las tinajas del mosto la cólera de tus lares
y como dijeron David y Ezequiel: se rejunten y se revuelven
furiosas.
Hierva bien, hierva sepultura nuestra como marmita,
hierva salpicándonos la brea, el aceite y la pez,
que oír hervir en estas horas es bueno
y que de ser tu sangre y vivir tu ansia
uno por uno todos a la hora duodécima herviremos.

*

Las mujeres dicen que no sienten la bullidera
pero que sienten algo más fuerte y cercano;
sienten que tu cuerpo se ha ido recostando en sus rodillas,
poco a poco, desde la primera que es moza hasta la vieja
que aun ama,
que en una descansa tu cabeza y en otra tu espalda,
que la carga es dulce pero que tiene peso.
Sus caras están extasiadas como las de las vírgenes del Sol.
Se callan como María sin entender y aceptando el misterio
y sin bulto visible están como cuando mecen y mecen;
todas saben que cualquiera es la elegida
pero ninguna sabe dónde caerá la simiente.
Hermosas son aun, Padre que las amaste,
caminan con ritmo, hablan dulce, crían con su pecho
y si las ves tiemblan otra vez del viejo Eros
y si no las ves te acuerdas del friso de sus cuerpos.

Si te mecen como hijo o como amante, no saben.
Siempre amaron así como con leches en su deseo.
Están calladas y parecen eternas porque son Ella misma,
la Eva de América, madre tuya, de O'Higgins e Hidalgo.
Los bíceps están en nosotros, el salto y la llama;
pero ellas quietas y atónitas, ¡qué grandes se han vuelto!
Estamos mezclados en el mosaico de la vieja vida,
un hombre al lado de cada mujer de su lecho;
pero tu cuerpo al caer apartó las rodillas más fuertes
y estás entero posado sobre ellas como un sacramento.

Y el hervir que oíamos en tu sepultura
ahora se oye en el pecho suyo, en el vientre de hierro,
y tenemos celos y no tenemos celos.

Querríamos hablar pero todo se ha vuelto silencio.
El cielo está cargado de estrellas que pesan,
la noche está cargada de unos aromas nuevos
y la cara del millar de mujeres soporta
no sé qué eternidad y qué terrible fuerza de anhelo.

*

Padre nuestro, Bolívar acostado
en tu reposo o en tu desasosiego,
sobre limos y cascajos de la América,
soñando sin dormir, tendido y combatiente:
¿Es que duermes, Padre, es que duermes?
Descansa, si tu sangre aprendió el pararse,
el gusto a leche densa del sueño
y si también dijiste “Descansemos ahora”.
Te velamos sin decirte lo que nos trae,
pasmados como los pinos patagones
blandos de piedad y bebiéndote
la belleza del rostro, ya no tuyo sino nuestro,
que basta por paga de la marcha
el verte bello e íntegro bajo los cielos.
Te velaremos, mascando como el quechua
la amarga coca de las confesiones y nuestro ruego
y rumiando callados como el llama
el relato que traíamos, enrollado y secreto,
las cabezas bajas, que ya saben tu reverencia,
los hombros doblados, que llevan tu peso.

Te velaremos toda la noche, Padre, te velaremos.
Si descansas, Padre, sigue, sigue durmiendo
que tu fatiga fue la de los leñadores y mineros,
y nos contaron en toda lengua

la fábula de un hombre a caballo quince años
contra el viento,
a nado en cada río en que bebemos,
y abriendo con pechada los bosques cerrados,
con el rostro el destino partiendo.

Pero si tú no duermes, porque el limo a la espalda,
el cielo con signos encima, y el rumor del desgarramiento
y el tumbarse de techos y vigas de tu casa,
te caen, muerto sin tierra, sobre el pecho;
hablaremos a lo largo de la noche,
más pura que los días en tu suelo,
y te lo diremos todo, tocándote la cara
tañéndote los oídos,
echados sobre tu cuerpo y tu calor por que no tiremos
y diciéndote mezclados la desventura con el agradecimiento.

Si tú oyes con tus oídos maravillosos
que chuparon las hablas de los cinco pueblos,
caminando tus pies, tocando tu aliento
exprimiendo tus manos.
Porque vinimos en tropel de ciervos
arrancados de tu nombre, no del viento,
y en tus piedras caídos como trigo,
colombianos y ecuatorianos quemados,
aimaraes corredores y alácritos chilenos.

*

Cuando quieren juntarnos solo nos dicen tu nombre
y saltan de tu frente las tres sílabas
y bajamos según las aguas bajan
al lecho o valle de convocamiento,

sea que asemos liebre o corderillo
o tejamos danza o que durmamos
con la mujer el aliento en el aliento:
así de bien sabemos que somos cabellos de tu frente,
progenie tuya somos, río que riega el futuro,
y se alzan las palmeras, se asoman los metales,
y retumban las cascadas compás de cumplimiento
viendo que en nosotros vuelves a estar vivo
y que tu corazón está en el nuestro
y un solo pulso bate tu progenie.

El rostro cuarentañero de Bolívar

El rostro cuarentañero de Bolívar es y será siempre uno de los que más intriguen en la escenografía americana, cosa muy diversa de la placidez sonrosada de Washington y menos feo, pero no menos patético que el de Lincoln. No tiene más de cuarenta años, y las arrugas le hacen una reja de prisionero, y la prisión es verdadera y corresponde a la fatiga y al desengaño que por fin le han atrapado. Las arrugas lo trabajan de dentro afuera, al revés de los demás hombres maduros. A los otros les estropea la edad y a este el corazón, su enemigo, el clavo de adentro que no se puede despuntar.

El aguileñismo salta aquí y allá en la iconografía indoespañola del cura Hidalgo a Sucre; de Sucre a San Martín; de Portales a Alberdi; salta con todos sus grados y sus modos: aguileño-árabe, aguileño-indígena y aguileño-caucásico. Como el más riguroso aguileño se nos queda el de Bolívar.

Dicen que entre las facciones este tabique divisorio de la cara cuenta muchísimo, y en el caso de Bolívar lo cuenta con su delgadez de navaja que es el filo mismo de la voluntad y sin lentitud de grosuras.

Nos han hablado mucho de los ojos, muy negros y muy grandes, que gobernaban cuando querían, y también cuando no querían, por bellos y por cargados de pasión.

¿Quién no querría ver la mirada de Bolívar y repartírsela en este momento? Las mujeres desearíamos que nos diera la que daba a Teresa de Toro; los muchachos le pedirían la que lamió la urna en que iba el corazón de Girardot; los

generales, la que tenía en lo apretado de la batalla, cuando la derrota posible endurecía los ojos o se los enloquecía de dignidad; los viejos buscarían la de la meditación de Jamaica, aplacada y melancólica. Todos querríamos mirarle, pero habría que saber a quién él querría mirar.

Si queremos averiguar algo de cualquier personaje entre los que clavetean nuestro oficialismo sudamericano con tachuela de oro o clavo rústico, hagamos este ejercicio sencillo: “¿Comería este señor en la mesa del fino Bolívar? ¿Le tomaría Bolívar del brazo yendo al comicio? ¿Le retendría cerca de su cama de morirse, para hacerle un encargo respecto de su gente?”.

La frente le desequilibraba enteramente la cabeza; se la llevaba consigo, o como dice no sé quién, se la comía. La mitad de la cara la toma ella de sien a sien, aquella especie de llano surcado, de campo de labor con la esteva visible que acaba de pasar. Es tan vieja la frente que se necesita saltar pronto a los ojos para que ellos nos devuelvan la fuerza. La mitad inferior de la cara humana parece ser aquella que da: aliento, mirada, sonrisa, gestos y frases; la mitad superior recibe, muy quieta, muy parada, las respuestas que le echan al rostro. Ha oído tristes cosas esta frente de Bolívar; le han contestado las miserias que sabemos de Páez sobre la lealtad; el Perú, las suyas sobre la anarquía, y todas las otras sobre el agradecimiento. Peores son las que ha recibido después, el gran pobre.

Esta frente se pone a mirar la tierra de Sudamérica para ver si la han dividido, y allí está ella, todavía hecha provincias, con su poltrón mestizo dueño de la cosecha india; se echa atrás la frente para mirar lejos, y lo que ve son las fronteras que él no quiso y que cada día se cuajan y se ende rezan más; a veces, esta frente con ojos intrusos se nos cae encima de nosotros a ver lo que somos, y nos halla celosos

como Páez, traicioneros como el negro malo de Jamaica, y sobre todo, lacios del trópico que a él no lo descoyuntó nunca.

La boca delgada y larga, que hablaba a veces preciso y a veces abundante, tiene los dos canales de la pena que se la desgarran un poco y ella nada muestra de victoriosa ni de confiada. Lo desalentador que vieron aquellos ojos y lo podrido que olfateó la nariz alerta ha bajado a la boca, y allí están las arrugas evidentes contando el sucedido de la cara entera.

Las mejillas se secaron tanto que hacen acordarse del eucalipto o del quillay, cuando los arrancan de un tirón. No quedó en ellas nada de la grosura infantil, de que todos conservamos algo, y si su madre hubiese visto a su hijo cuarentón, ¡qué pena habría sentido de esta lonja de hueso con piel en que había parado la morbidez de su vientre de criolla!

Dicen que el cabello mulateaba, con rizos bien confezados, pero estos eran suaves y brillantes. Las que habrían contado este cabello de ardentía y suavidad en el tacto habrían sido las mujeres de su vida. Lástima que entre los contadores del héroe, los O'Leary y los Ludwig lo pongan todo, y las mujeres que mucho podemos decir, no digamos nada o digamos lo mismo que se les ocurre a los hombres.

Ya sabemos que el cuerpo pecaba más bien de pequeño y yo no escondo que un Bolívar con cuatro palmos más de cuerpo llenaría el gusto de mis ojos, que disfrutan viendo los sarmientos en llama del Greco, que se estiran todo lo posible. Sin embargo, aun esto se lo alabo como manera de lealtad a la raza. Nuestro indio-español es pequeño, sin la insignificancia del otro mongol, pequeño y eléctrico como el andaluz, o pequeño suficiente como el francés. Hay que bajar a una quebrada de Chile para hallar en el mestizo de

vasco, cuerpos lanzados como un puñado de barro a la altura posible. Pequeño, don Simón, y lo ágil que se sabe; no cansó monturas, no ladeó sillas, y Edison diría de él que era la materia de su gusto, la bombilla eléctrica que da lo más con lo menos.

Sabemos que a este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba del caballo, era civil, como si al general lo dejase en el estribo, y por añadido tan cortesano, que bailaba como si se pasara el día danzando sobre los tapices.

Servía para muchas cosas, y en esto como en el cuerpo menudo, hay que anotarle el sudamericanismo. Para muchos menesteres servimos, a fuerza de llevar dos o tres sangres, y no somos raza tiesa ni de un solo pedal.

Fascinante, ágil y definitivo Bolívar. Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario, vivámosle en la permanencia y no solo en las lentas puntadas de los centenarios.

Vivámosle en continuidad como se vive una ley; pongamos a tenerlo por paisaje nuestro, hasta que nos corra por la sangre hecho la masa de nuestra sangre.

La ambición de Bolívar

Los escritores que malquieren a Bolívar insisten mucho en su ambición; la sacan a lucir como una medida mañosa que le rebaje hasta la mitad de la estatura y revuelven con la palabrita hasta que echa ella sobre el hombre unas luces sesgadas.

Hasta donde se toca ambición se tiene tacto leal de hombre; cuando ya no se la toca, la criatura se vuelve nada menos que el santo y produce no sé qué vértigo. Nadie piensa a nuestro Bolívar como un ciudadano de la otra orilla ni se ha hecho intentona de altares en su favor.

Ambición natural la que llevó y mostró, tan natural como su corazón vivo y lleno de sangre que buscaba empleo, tan natural como que comiese y llevase ropas, ¿qué querían, pues, los hipocritones? Un santo-general no se ha visto y menos un libertador de un Continente de tierra y agua.

Al no haber sido rico, hablarán de su ambición de plato más grande de habichuelas; al no haber sido buen mozo, se les ocurrirá su ansia de mujeres. Poseyó cuanto puede poseer un hombre para que la juventud se le acueste en Capua y allí se le quede; cuanto puede pedir la criatura sensual que es el criollo y cuanto ha menester el hombre de cualquier parte para aceptar su lote magnífico y quedarse sobajeando toda la vida, agradecido y orondo.

La ambición de Bolívar después de nacer en la familia donde nació, de recibir el legado casi bautismal del canónigo Aristiguieta y de vivir en cortes europeas que llegaron a parecerle domésticas, debía volver la cara inteligente

hacia lo único que le faltaba, que era la gloria. Poseía la mirada panorámica, así para la geografía como para la historia y con este ojo de beber masas y de coger volúmenes él vio que ella le faltaba para sentirse completo, que es como les gusta sentirse a los héroes y a los santos. Bienhaya su “vistazo” y su determinación, bienhaya por él y por nosotros.

Ya pueden ir llegándonos otros tan cargados de este “morbo” como él lo estuvo y tan despeñados como él hacia glorias de la misma calidad y del mismo bulto.

La ambición se la fueron encandilando muchas cosas: primero, la educación plutarquiada que ha sido la copita de vino empujadora de las mejores gentes en cualquier tiempo; luego, el ver hacerse a Napoleón como un árbol de esos que los magos ponen a crearse en unas horas; luego, el darse cuenta, con sus ojos caladores de la ineptitud que lo rodeaba, de que estaban sin hacerse los dos tercios de la América; luego, la época en que caían los reyes necios como las nueces secas con el viento; luego, el que se le muriera la mujer, en la que habría hallado empleo blando su alma venida para empleos duros.

Podrían haberlo sujetado muy pocas cosas: el tener miedo, y no había nacido, como los más, pegado a un cuco familiar; el ser atrapado por el mucílago bueno de una segunda esposa y de muchos hijos, o sencillamente el dudar, con duda perversa, de que los hombres respondan al bien, lo dejen hacer y ayuden a quien se los haga. Ninguna de estas cosas le sujetó el alma desembarazada que era la suya ni el cuerpo ganoso.

En vez de contarle y medirle la ambición -con cierta manita peluda de murciélago-, mejor sería darse cuenta de cómo ella fue metal químicamente puro, o mejor una especie de agua superfiltrada en la que no se quedó bailando

una arenita oscura, una hilacha de dineros, una pajita sospechosa de medro. Asombra de veras ver el brazo de Bolívar aventar las tentaciones una y diez veces, en su Caracas, en su Bogotá, en su Quito, en su Lima. Mas, desconcierta cuando a cada bandeja de frutas de oro que le pasa el demonio delante, tenemos presente que este hombre ama la vida en grande, que puede encariñarse con un palacio gubernamental, porque se crió en casa-palacio y sobre que Plutarco le ha sugerido, si no enseñado, el derecho de los mejores, el mando largo, el mando que dura y que permite hacer las muchas cosas comprometidas.

La división de las gentes en ambiciosos y no ambiciosos daría, por otra parte, unas curiosas sorpresas con los dos lotes. Una especie de limbo, donde se hallarían los limpios de culpa y que estaría formado por los zonzos de zoncera redonda, los lisiados de los miembros más nobles del alma, y los viejos que han pasado los sesenta y comen su sopa de sagú. Una especie de senado, donde las primeras filas las acapararían los justos que se adjudicaban lo suyo precisamente por ser justos, y luego todos los constructores que construyen en grande por la espuela visible que los mordía y por la flecha también visible que su mano apuntaba lejos, ambas cosas instrumentos del ansia, de la ambición, cuerpos del delito.

La división racional mejor que aquella podría ser la siguiente: lote de quienes ambicionaron las cosas de precio que a la vez eran las más difíciles, y que jugaron a ellas el cuerpo y el alma, que es en cuanto podemos jugar y que es el precio más alto del mercado; lote de quienes ambicionando las mismas cosas, les jugaron un poco de aliento flojo y otro poco de alma sietemesina, con lo que no ganaron todo lo que querían y lograron solo algunos trozos, pagados con fraude, esos mismos.

Poltronerías

Estamos acabando las fiestas bolivarianas, que todos hemos celebrado, incluso la que escribe esta crítica a los postres de ella. Me sube de la conciencia, tan fuertemente que hay que dejarlo salir, el remordimiento que me viene después de los goces falsos: actividad fingida, agitación que no fue ni trabajo ni danza.

Mucho me temo que estas festividades sean expresiones puras de la poltronería criolla. Conmemoración de los activos –¡y esta vez de qué activo!– volteadura de un cuerpo asustó a su médico con las asentaderas encallecidas por el galope de diez años; y para comentar esto, unas letanías morosas de eruditos y de ministros. Aquel hombre no vivió, hirvió con hervir de aceite. Puede ser que si está en alguna parte donde todavía le importemos, sienta a estas horas un disgusto muy grande de habernos oído un rosario cuenteado de adjetivos; de habernos visto alabarlos sentados; de sentir que lo celebramos como a cualquier sedentario de letras o de zapatos.

Poltronería, la retórica nuestra manera de sacarle el cuerpo a la obligación que se afiambra, haciendo como que se cumplió con ella, y sin cumplirla; poltronería trágica del rey Augías que daba banquetes y tenía los establos que sabemos; poltronería insufrible de gentes que como las literaturas de decadencia se gastan en el comentario de aquellos que los otros escribieron y dejan de componer por glosar; modorra que solo resulta estética en mujeres, y en mujer criolla-hamaca, negro que lleva el refresco, y grasa que crece.

Bolívar no es sino a medias un hombre ido de su tierra, un despedido del Continente. Se van de veras los que se van como el obrero a las seis de la tarde, poniendo la obra en manos del patrón. Los otros se salen solo con medio cuerpo de este mundo; no se pueden despachar porque los empuje la muerte; son de aquellos que deben licenciarse a sí mismos y que no lo hacen sino cuando la obra se les suelta sola de la mano.

Bolívar se llaman nuestras obligaciones sin remate, y las más diversas y urgidas obligaciones nuestras. Su cuerpo glorioso de la otra vida debe estar hecho de lo que alcanzó a dejar acabado; tal vez tenga la cabeza de los planes magistrales y el gran pecho del esfuerzo heroico. El resto de su cuerpo está en el cuadro del trópico todavía, caído encima de las cosas que se le quedaron sin finiquitar. Esa parte nosotros tenemos que liberarla. Hablando con lenguaje ingenuo de ocultista, el Bolívar del cielo podría ser una larva bastante humillada de hallarse allí como tal, y de haber vuelto a su Creador así, de incompleto; una cosa como un vitral precioso en el que quedaron varios vidrios sin poner con lo que han cortado las anécdotas próceres; si quieren ustedes más, una especie de fresco descascarado, pero que está vivo en sus pedazos y que mira hacia el suelo lo que le falta, no solo de piel, sino que un puñado de entraña esencial.

El medio cuerpo rezagado de Bolívar lo forman las libertades que dejó sin cuajarse, nacidas en las constituciones y fetos en las costumbres; la tierra que él no se puso a distribuir a la vez que daba la ciudadanía que por eso resultó manca; las escuelas de que no alcanzó a sembrar el territorio cabalgado; las profesiones, los oficios y las artesanías diferenciadas de que no dejó previstos a sus pobres sudamericanos confusos; las maneras de hombre nuevo,

anticolonial, antirrutinario, antipoltrón, que se había puesto a madurar pero que nos quedaron pintonas: todo eso son pedazos del cuerpo de Bolívar que están tumbados en el trópico y que no volarán a completarle el cuerpo glorioso mientras nosotros no los liberemos.

Ignoramos qué aflicción grande será la que toma a los héroes cuando ven que tienen que irse y dejar mancos en los tres cuartos sus compromisos; nadie podría entenderlo bien sin Bolívar mismo y sin estar acabándose en una Jamaica.

Alguna cosa vista en el Chile minero me ayuda a comprender esto un poco. La fundición de los minerales comenzaba en un horno primario. La plata ya se ponía a gotear en el fuego su lechecita. Estaba manejando la operación el único que la sabía, un viejo, y el resto eran barreteros acomedidos; y en el momento de resolverse la operación no sé quién llamó al fundidor. Salió el viejo y se quedó la gente delante del mineral tendido. El fuego seguía, la masa de piedra había costado sudores y no era cosa de perderla; pero los pobres no sabían sino atarantarse sin acertar ninguno a cómo remover aquello para que acabase de cualquier manera.

Así quedó el trópico cuando se fue Bolívar, su patrón, así como las fundiciones entre las manos inhábiles. Unos interrumpieron la cosa, y otros la continuaron como les pareció. El patrón responsable tal vez vuelve la cabeza, camina un poco y lo para un salto de angustia y al fin se queda entre cielo y tierra.

Hombre con tantas recetas sabidas, legislador, soldado y administrador, y por sobre todo eso unificador de un Continente, él nos falta en cada lote de trabajo, en el apilamiento del mineral, adentro del horno, en los crisoles ya sacados y hasta en la venta del logro.

Muy fácil es, y además muy cómodo, llamar “Bolívar” al conjunto de lo que él hizo: cinco repúblicas; medir aquello, darle vueltas por todos lados y celebrarlo. Pero sería mucho mejor para nuestra excitación llamar “Bolívar” a lo que falta y meternos con eso en su aniversario; ver modo de pagar sus cuentas pendientes, darle alivio en el sobresalto que puede sentir a fin de que él se desprenda con toda honra y de veras del trópico americano.

Las cosas hechas y facturadas, al revés de lo que la gente cree, no convidan a hacer nada, parece que siempre estuvieron ahí, como el cielo o la vegetación; se las mira y se las deja en paz. Lo removedor, lo expoleador, es ver las cosas a medio construir, sea ingeniería, sea casa, sea institución; desnudar la obra hasta el hueso de modo que llegue a hablar de puro claro aquello logrado y grite lo que falta; para palpar la obra bolivariana lo mismo que un fruto, para que se sienta dónde se ha partido, dónde no se redondeó, dónde se está pudriendo; esto sería el trabajo mejor de los conferencistas en la ocasión.

Los jóvenes, sobre todo, deben ver el Continente como una manufactura a medio acabar que muestra a trechos la huella de la mano magistral que por ahí anduvo y saber estrictamente hasta qué punto tenemos hecho lo que decimos que está hecho y mirar los hoyos negros de lo que falta desde el día del entierro de Bolívar.

Nuestra celebración continental ha tenido mucho de un paseo en calesas doradas y mejor que eso de un regodeo de la mano en una chafalonía histórica.

La peor carne que podemos dar a un héroe de esta familia es una carne de salazón de plata, una carne tiesa y quedada: la carne de los discursos solemnes.

La falsa estampa

Jóvenes bolivarietas, del más sincero bolivarianismo, me han dejado ver varias veces cierto Bolívar que corre entre la casa y que siendo agradable de voltear como las monedas de oro, es moneda falsa, un Bolívar que triunfa todos los días de la semana, un Bolívar espectacular, carne de apoteosis permanente, ridícula como las ferias permanentes. Es usual que a los jóvenes les gusta mucho el ritmo, mala cosa, porque a causa de ello al tercer contraste con la vida josa y difícil se quedan ellos por allí arregados de decepción y con la boca llena de acedia.

Las tres entradas solemnes en Bogotá, en Caracas y en Lima, cubren varios metros del fresco bolivariano, pero como fresco de esta vida cuenta leguas, las hermosas “entradas” triunfales se vuelven unas pecas de anécdotas, mejor aun, tachuelas de bronce que sostienen el fresco legítimo, formado de una especie de traición segmentada e inacabable que desde Páez hasta los septembrinos, de cien desalientos y de más angustias las breves complacencias de Bolívar pajeen dichas violentas de alcohol que duran cuanto más la noche y donde el hombre se calienta las manos un rato, aprovechando el reposo y el resplandor para mirar a las mujeres.

Todavía más necia que esta cinta rojo oro de entradas victoriosas es la otra o los Bolívares “señoritos”. Cierta es que el viaje por las Europas del tiempo, Bolívar que era todavía hombre de Fernando VII anduvo vistiendo mamarrachos de felpa y sombreros que él bautizaba. Ocho años le toman esas boberías; pero la galopada por la incontable

cordillera, la atravesada de aguas grandes y de pantanales podridos se lleva menos que dieciocho años; como a nadie se le cuentan los de cuna y los de la adolescencia inconsciente, y como murió a los cuarenta y siete las sonadas mensualidades de Bolívar ocupan ocho años, que no es lo suficiente para que este hombre se nos fije en una casaca escamada y de unos zapatos de hebilla.

Conviene sacar a lucir las siluetas que hemos echado atrás por antojo de pintarlo en una especie de quetzal de copete y cola persas; y también será bueno hacer salir del baúl negro y verídico las prendas desgraciadas y grotescas que pudieron ser las más nobles.

El oficial inglés anónimo habla de la blusa hecha con pañuelos de todos los colores; de unos pantalones blancos rotos que le llegaban a la rodilla; un sombrero de hojas de palmera y de unas alpargatas peoninas. O'Leary, el contador capital, habla de su comida sin mesa y seguramente sin servicio, a pura mano, de la aldea de Setenta, y él mismo nos ha trasmitido la bata cómica con que estaba vestido en la hamaca de Casacoima, donde no tenía ni un peso y se saboreaba la Lima virreinal como si ya la tuviese en la mano; y el último cronista, el médico francés Reverend tuvo la feliz ocurrencia de contarnos el entierro con la camisa ajena. Si no se la ofrece un comedido, se acuesta con la prieta de la tierra, con la camisa del buen barro americano.

Las demás pellejerías son fáciles de imaginar. Aquel pobre cuerpo echó de sí tales sudores que comenzó en delgadez para acabar hecho una espina; las botas lustradas y tiesas con que salía a la campaña a lo galán, ya a medio camino estaban sobajeadas de ijar caliente de caballo; el sombrero grande que piden aquellos soles aguerridos iba quedándose en garfios de árboles y en lianas de tomar y coger, y las monturas se abrían desquiciadas o partían la cincha en el

momento de la pelea de locos, cuando no importaba bestia ni cuerpo, ni alma.

Cualquiera puede pensar lo que sería esa cara a los cuarenta días de resolanas o sol crudo, lo que serían las mejillas de Manuelita Sáenz, cortadas de vientos, de terrales y de brisas agrias, el cuello prieto como el higo nuestro, hasta donde la chaqueta lo amparaba, y las manos callosas de correa de riendas como las asentaderas de la montura; la completa lástima del Bolívar de las “llegadas famosas”, de las “entradas” reales.

Ese Bolívar verdadero, porque dieciocho años redondean una verdad, no lo tenemos en ningún cuadro todavía, y hasta a mí me hace falta en esta mesa, del hotel extranjero donde me acompaña al lado del Sarmiento cuyano.

Si tiene ojos la tierra americana, estará más molesta que yo de la silueta con que la engañan, al acordarse del hombre que le corrió encima a lo largo de quince grados de latitud, que bebió de pie y de bruces en cuantos ríos ella posee; que le alentó en cuantos repechos y bajadas cuenta su lomo; que le abrió bosques y praderas con las patas de su caballo y con su pecho mismo, y que dejó sus tratos con ella, con la tierra marcadora y señaladora, solo para acabarse.

Me decía una vez un leñador de Temuco, en la Araucanía nuestra, cuando le preguntaba yo el nombre de no sé qué pastos: “¿Que si los conozco todos? No hay arbolazo, ni crío del árbol que no me haya arañado por cualquier parte y que no me sepa el sabor de la sangre”. El cuerpo de Bolívar es eso en relación con el trópico: no hay árbol que no le haya salpicado desde las botas a las manos desnudas. Una madre Ceres tropical, lamiéndolo como a su hijo, hallaría en esa carne todos los sabores de sí misma.

A Diego Rivera démosle a hacer este Bolívar de veras, machucado de cuerpo y con el desorden de la carrera y de la

tierra, apuntando en caballo, en aperos y vestimenta. El otro, aderezado y reluciente, que le sirve a los jóvenes a quienes daña con su falsedad, que se quede en las salas de las presidencias, para el gusto de aquellos grandes poltrones.

José Martí
(1853 – 1895)

*Guía de hombres terriblemente puro
que la América produjo en él, como un descargo enorme
de los guías sucios que hemos padecido,
y que padeceremos todavía.*

G. M.

Martí

¿Dónde te fuiste José Martí
que no te hallo entre las palmas?
Hablabas tanto con dejo nuestro
que ¿a dónde te fuiste sin tu habla?

Carne tuya quiso la Tierra
y ¿dónde anda mi antillano?
Suelo sin cuello de palmeras,
noche muerta sin marejada.

Atravieso palmeras reales,
hombre mío, tan extrañada
de que es el cielo y que es la caña
y son tus negros locos y santos
y que no saltas como una espada,
pequeño y ágil a encontrarme
si pasé tanta tierra y agua.

Crucé pensando que de fiel y dulce
te pararías, carne santa
en la sombra de la palmera
o al levantarse de unas garzas.

El hombre José Martí

La crítica literaria moderna está empeñada en deslindar la obra del individuo y en reducirse al fajeo de su escritura. Ando con esos dualistas a veces, otras me les aparto.

Muchos escritores hay con los cuales sobra la divulgación de su persona y de su vida; otros que no pueden ser manejados por el comentarista sino en bloque de escritura y de carácter. Martí es de estos, y hasta tal punto que no sabemos bien si su escritura es su vida puesta en renglones, o si su vida es el rebosamiento de su escritura. Aparte de que Martí pertenece a aquellos escritores que se hacen amar aún más que estimar, y de los cuales queremos saberlo todo, desde cómo ellos rezaban hasta cómo ellos comían. Se tratará siempre de él como de un caso moral y de su caso literario lo anotaremos en cuanto a consecuencia.

Es cierto que se puede hablar aquí de “un caso”. ¿De dónde sale este hombre tan viril y tan tierno, por ejemplo, cuando en nuestra raza el viril se endurece y también se brutaliza?

De dónde viene este hombre teológico tan completo, trayendo el trío de las potencias de memoria, inteligencia y voluntad? ¿Y de dónde nos llega este ser difícil de manufactura interior en que los hombres hallan la varonía meridiana; la mujer, su condición de misericordia y el niño su frescura y su puerilidad juguetona? Todavía diremos:

Dónde se ha hecho en nuestra raza de probidades dudosas y ensuciada por mucho fraude, este hombre de cuarenta y ocho quilates del que no logramos sacar una sola borra de logro, ni siquiera de condescendencia con la impureza?

A ver si hallamos de contestar, y si erramos, la intención valga.

El viril nos viene de la sangre catalana, resistente y operosa, o, si ustedes lo prefieren, del explorador y el conquistador español, correa de cuero de la historia, campeón magistral cuya resistencia todavía asombra al cronista contador de sus hechos. El tierno le viene del limo y del ambiente antillano, donde el cuero español, que dije, se suavizó para dejar una raza dulce y más grata que la arribada. Verdad es que el antillano, indio bondadoso, el más benévolo indio americano, al lado del quechua-aymará, fue arrasado; pero no sabemos todavía si los muertos en cuanto se entierran se acaban o si se retardan, formándole al suelo una especie de halo de sus virtudes que opera sobre los vivos y los gana a su condición.

El hecho es que dentro del trópico la vida antillana muestra mucho menos malquerencia armada que la de los países calientes del Sur. Esta tierra insular, aliviada por el mar de su calentura; esta Antilla productora de la caña cordial y del tabaco piadoso, del que dice un inglés que templea con su suavidad la dureza del hombre; esta bandeja plana de limo reblandecido en la que la vida se acomoda tan bien, produce fácilmente al hombre tierno y a la mujer tierna, y ha podido dar la cifra más alta de dulzura de nuestra raza en este Martí bueno.

Pero el hombre cubano que según varios comentaristas “contiene a la mujer y al niño, conservando entero al varón”, ese no se explica, creo yo, con raza ni con geografía, porque aparece en varios lugares al capricho. Curioso es que el varón pierda tan pronto el regusto de la leche materna y se le barbarice el paladar del alma con rones y especias malas. Posiblemente sea de su educación que insiste tanto en hacerle pronto la varonía, y una grosera varonía,

de donde le viene este olvido de su leche primera y este desdén de la blandura que lo nutrió meciéndolo y que lo afirmó acariciándolo. Afortunadamente, hay grandes razas donde la amabilidad se cultiva lado a lado con la resistencia: la italiana y la francesa, de esta parte, la japonesa del otro lado.

La explicación que yo me doy de José Martí es otra, la siguiente: el hombre completo sería aquel que a los veinticinco años conserva listaduras infantiles en la emotividad, y por ella en la costumbre, y que no ha despedido al niño que fue, porque sabe que hay alguna monstruosidad en ser redondamente adulto; este mismo hombre se anticipa en él las piedades del viejo, ya sea por una atención humana muy intensa, ya sea por adivinación de lo que viene. Los viejos poseen la piedad perfecta por haber probado en todos los platos de virtud y de culpa; han madurado su pulpa para el perdón; no tienen en agraz ninguna comprensión y de nada se asombran, aunque rechacen muchas cosas. Maravillosa la piedad de los viejos.

Martí me parece esto, el maduro en quien se retarda apara su bien un aroma acusado de infancia y que ya se sabe al viejo que él no va alcanzar a vivir, habiendo laceado desde lejos las presas de su experiencia. Podríamos de esta manera llamarlo un hombre de cenit, que desde el punto cenital de los treinta años domina y posee ya los dos lados de cielo: el que remontó y el que va a descender. Por eso es tan humano que se funde de jugo por donde se le toca, y responde al niño en los cuadernos de *La Edad de Oro* y el *Ismaelillo*, por eso sabe ya tanto del negocio de vivir, de padecer, de caer y levantar, que se le puede contar todo, estando seguro de conmoerlo; o bien no contarle nada, porque con mirar una cara entiende y hace lo que hay que hacer.

Las funciones humanas mejores él las sirvió, una por una: la de camarada, la de confortador, la de consolador, la de corregidor, la de organizador y la de realizador. Muchas veces se ha aplicado en la historia la frase de “amigo de los hombres”. A Marco Aurelio, a Carlo Magno, a algunos Papas, a San Luis, a Alfonso el Sabio, a Eliseo Reclus, o a Michelet. Cuba también tuvo un amigo de los hombres en este José Martí.

Alabemos todavía al luchador sin odio. El mundo anda muy alborotado con esa novedad de Mahatma Gandhi, combatiente sin odiosidad: pero el fenómeno difícil de combatir sin aborrecer apareció, entre nosotros, en esta Cuba americana, en este santo de pelea que comentamos. Pónganle si quieren un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar un peca de odio. Metido en esa profesión de aborrecer que es el combate, empujado a esa a cueva de fieras hediondas que es en la historia la guerra, constreñido a enderezarse, a rechazar, a buscar fusil y a echarse al campo, este extraño combatiente con cara que echa luces de sus planos, va a pelear sin artes, sin lanzar interjecciones feas, sin que se le ponga sanguinoso el lagrimal, sin que tiemble del temor malo de los Gengis- Kanes.

Posiblemente hasta los luchadores de *La Ilíada* han dejado escapar algún terno que Homero se guarda, en lo apretado de la angustia; Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la Independencia cubana, que le quema la espalda, y mirando delante al montón de los enemigos de ella, impersonal, sin cara que detestarles, casi sin nombre, con solo apelativo abstracto de tiranía o de ineptitud.

Esta vez sí, nos resulta el sujeto sin amarras con la raza latinoamericana. Mucho ha odiado la casta nuestra,

mucha fuerza ha puesto en esta operación de aborrecer desde la cabeza a los pies y de tomar cada país o cada partido, como el toro que es preciso descuartizar para salvarse, haciendo lo mismo con el becerro que le sigue y con el tropel de los que vienen.

Aunque la frase se tiña un poco de cursilería, digamos que Martí vivió embriagado de amor humano (él lo dijo de otros), y hasta tal punto que sus entrañas saturadas de esta mirra no le pudieron entregar ni en lo negro de la pelea un grito verdadero de destrucción ni un gesto de repugnancia.

Es agradecimiento mi amor de Martí, agradecimiento del escritor que es el maestro americano más ostensible en mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido, y que padeceremos todavía.

Muy angustiados andamos los que vivimos en la tierra extraña al echar la vista hacia nuestros pueblos soldados por una geografía más importante que la política, y les tocamos lo mismo que se tocan cerros y mesetas en los mapas en relieve, la injusticia social que hace en el Continente tanto bulto como la cordillera, las viscosidades acuáticas de la componenda falsa, el odio que lo tijeatea en todo su cuerpo, y la jugarreta trágica de las querellas de barrio a barrio nacionales.

En estas asomadas dolorosas al hecho americano, cuando advertimos torpeza para las realizaciones, y cojeadura de la capacidad, nos traemos de lejos a nuestro Bolívar, para que nos apuntale la confianza en nuestra inteligencia, y de menor distancia en el tiempo nos traemos a nuestro José Martí para que nos lave con su lejía blanca las borronaduras de nuestra gente, la impureza larga y persistente de sus acomodos y sus negociados. Refugio me ha sido a mí,

y me será siempre, uno de esos refugios limpios y enjutos que suelen hallarse en una gruta cuando se anda por el bajo pantanoso de alimañas escurridizas y en el que se entra para poder comer y dormirse sin cuidado.

Esa frente que a los cubanos le es familiar, me tranquiliza con su plano suave y me echa claridades; esos ojos de dulzura pronta, con la miel a flor de la “niña”, donde se chupa sin tener que buscar mucho; esa boca cuyo gesto me creo, porque el bigote grueso me lo tapa; ese montón delgado que desensualiza la cabeza por el segundo extremo, haciendo lo que la frente hace en lo alto, me ha consolado muchas veces tanto rostro desleal, y bestial como da nuestra iconografía americana, la pasada y la de hoy. Hemisferios de agradecimiento son para mí la literatura y la vida de José Martí.

El trópico y José Martí

Miran algunos el trópico como un agobio que pesa sobre la criatura, la descoyunta y la debilita. Como yo siento algo de esto en mí, no puedo negar el concepto enteramente. Admirando y amando como pocos el trópico, le siento en mi cuerpo la pérdida de la succión blanda.

Tan perfecto me parece él, sin embargo, como la medida cabal de la riqueza terrestre, tan natural como obra de un Creador al que imaginamos potente, tan noble en su generosidad que en lugar de tacharle la luz plena y el calor genésico, prefiero creer que el mestizo no puede con él por penuria, que nuestro cuerpo se halla por debajo de su pulsación de energía y por eso no puede mirarlo sin pestañeo.

Cuando me encuentro con un hombre semejante a Martí o a Bolívar o a Vasconcelos, que en su trópico de treinta años no se descoyunta y se mueve dentro de él lo mismo que el esquimal en la nieve, con naturalidad y desahogo, rindiendo la misma cantidad de energía que el hombre de clima templado, yo vuelvo a pensar que lo monstruoso, lo elefantástico del Ecuador no existe, y que solamente existe la pusilanimidad de la criatura mestiza que no se merece esta hermosura fuerte y no sabe gozarla: hay un defecto de proporciones entre la geografía y la criatura nuestra.

José Martí cayó en su molde propio al caer en el trópico; él no rezongó nunca contra la latitud porque no se habla mal del guante que viene a la mano.

Existe una inquina especial de las tierras frías contra el trópico que pudiese ser la del sietemesino contra el niño de nueve meses. Una de las manifestaciones de esta inquina

la vemos en el sentido de mofa con que se han usado los vocablos “tropicalismo” y “tropical” en la crítica literaria. Los vocablos se han vuelto motes de injuria y suele escuchárselos con un golpe de catapulta que derrumba a un escritor. Necia es su aplicación a la masa de escritores que viven entre Cáncer y Capricornio, y que difieren entre ellos como planta y animal, con diferencias de género y orden; más tonta es todavía su significación de inferioridad. No hay razón por la cual un escritor tropical haya de ser necesariamente malo. Pero la comicidad verdadera del asunto reside en que nuestro trópico no ha tenido verdaderos escritores tropicales excepto uno: este Martí sobre el cual conversamos; este Martí admirable que es el único al que le conviene la etiqueta, pero bien aplicada, bien entendida.

Pedro Henríquez Ureña, al que debemos varias definiciones del hecho americano, se encargó en buena hora de explicar este mal enredo del vocablo. Él comprueba en no sé cual de sus libros, que nosotros llamamos “tropicales” ciertos estilos abundantes y empalagosos exportados de tierra fría por los románticos franceses y recibidos y hospedados aquí más malos aun que ellos y desprovistos de todo buen gusto. El clima nada tiene que hacer con el pecado, y para no citar sino un caso, cerca de aquí nació y vivió su infancia esencial, un poeta sin excrecencias viciosas, no dañado por la calentura del Caribe en sus pulsos regulares de buen francés: en la Martinica nació Francis Jammes. José Vasconcelos ha defendido también el trópico de sus desprestigiadores.

La soberana naturaleza tropical de América se ha quedado al margen de nuestra literatura, sin influencia verdadera sobre el escritor, como aventada por él. Ojos, oreja y piel, hemos dado a Europa; paisaje europeo, cadencia europea, española o francesa; clima europeo, desabrido o neutro, es

lo que se puede ver en nuestra literatura. Antes y después de José Martí, ninguno se había revolcado en la fogosidad y en las esencias callosas de este suelo. Hay que llamar a este hombre entre otras el muy leal. Lo será por varios capítulos, pero también por este de haber llevado a la expresión hablada y escrita el resuello entero, caliente y oloroso, de su atmósfera circundante y haber vaciado en ella la cornucopia de geografía antillana.

¿Qué hace el trópico en la obra de nuestro Martí que es el único que lo contiene; qué excelencia o qué fatalidad le acarrió?

En primer lugar, el trópico aparece en su prosa como un clima de efusión. A lo largo de arengas, de discursos académicos, de artículos de periódico, de simples cartas, una efusión constante acompaña sus piezas, tan contrarias entre ellas, marcándolas de su naturaleza que es la efusión. Yo digo efusión y no digo fiebre. Tengo por ahí explicada una vaga teoría de los elementos en nuestros hombres; los que se queden al fuego absoluto se sacan y se quebrajan; los que viven del fuego mixto con el agua, de calor más ternura, esos no se resecan ni se destruyen. Martí puede ser un afiebrado, una criatura de delirio malo o maligno como otros fogosos que se llamaron Ezequiel o León Bloy profetas que crepitan o panfletistas que carnean y se carnean carneando. La cifra media que da la obra de Martí es la efusión. Él no nos aparece frío ni de esa frialdad que suele traer la fatiga que es el desgano; siempre lo asiste la llama o la brasa confortante, o un rescoldo bueno o cordial.

Si, como pensaba santa Teresa, nuestro encargo humano es el de arder; y la tibieza repugna al Creador y la frialdad agrada al diablo, bien cumplió este cumplidor su encargo de vivir encendido y sin atizaduras artificiales. Él ardía prescindiendo de excitantes, abastecido del

combustible que le daba una naturaleza rica y del Espíritu Santo que circulaba por su naturaleza.

La segunda manifestación del trópico en él sería la abundancia. El trópico es abundante por riqueza y no por encargo, como se cree; es abundante por vitalidad y no por perifollo, y yo quisiera saber pintar para hacer entender esto a los que no han visto el trópico. El estilo barroco fue inventado por arquitectos no tropicales y queriendo ser magníficos cayeron en la bordadura obesa. Más claro se verá el hecho en el árbol coposo, la ceiba o el amate tropical; él no aparece como un abullonamiento de ramas continentales; él resulta espléndido sin cargazón. Hay que meter la mano en la masa de sus masas para conocer la complejidad de su tesoro, que en conjunto aparece esbelto, hasta ligero.

En el tropicalismo de Martí, la abundancia es natural por venir de dentro de los ríos de savia que lo asisten; en cuanto a natural no es pesada, no carga ornamentos pegadizos, se lleva a sí misma con la holgura con que los individuos de gran talla llevan su cuerpo, que no les pesa más que los pocos huesos al que es flaco.

La abundancia del estilo de Martí viene de varias causas, y es una especie de conjunción de vitalidades. Hervía de ideas al revés del escritor que persigue una sola, como hilito de agua en tierra pobre; el corazonazo caliente le echaba sobre la garganta el borbotón de la pasión constante; el vocabulario pasmoso le entrega a manos llenas las expresiones, ahorrándole la búsqueda de la frase tan confesada en otros. ¡Cómo no había de ser abundante! Lo hicieron en grande y no veo por qué una criatura hecha en esta medida rechace lo suyo, reniegue la capacidad de que dispone y se fuerce a dieta de palabras, sobriedades chinas de arroz.

Corrijámosle la abundancia, y Martí se nos va, como se nos acaba la montaña si decidimos partirla en los acónitos de las colinas.

Todavía debemos anotarle en la conjunción de abundancias el espectáculo permanente de ella que le regaló el trópico. Que los demás escritores ecuatoriales vivan sin conmoverse delante de este derramamiento de fuerzas naturales, negocio de ellos, es mal negocio de distracción o de deslealtad; pero dejemos que este respondedor, que este pagador hable y escriba de acuerdo con su aposento geográfico y dentro del orden de su hogar físico.

Otra manifestación todavía del tropicalismo de Martí es la lengua espejeada de imágenes, su desatado lujo metafórico.

Dicen que en la naturaleza tropical la fauna está superditada al ornamento, y que planta y bestia son más hermosas que productivas; dicen que son blandas y fofas las criaturas tropicales, y que su belleza engaña respecto de su energía. Otra vez falseada. La verdad que miramos es que la naturaleza, que en otras partes cumple su obligación entera de producir y de maravillar por iguales partes, de cumplir un súper regalo, sirviendo y deslumbrando. El árbol de la goma, el cocotero, el mismo plátano, poseen la vitalidad suficiente para dar mucho y para pavonear con el follaje. No sé qué tiene de proletaria urgida, de gris asalariada la naturaleza europea donde el sembradío sustentador de gente se ciñe a la utilidad y no le queda ni espacio ni ímpetu para hacer jugosidades de color y de espesura.

Pasemos esta misma generosidad de la naturaleza a Martí: él es un proveedor de conceptos, un divulgador de ideas, pero como le sobra savia, él puede ocuparse de regar sobre la ideología un zigzaguo de metáforas que no se le acaban. No olvidaremos tampoco que este hombre es,

sobre todo, un poeta; que puesto en el mundo a una hora de necesidades angustiosas, él aceptará ser conductor de hombres, periodista y conferenciante, pero que si hubiese nacido en una Cuba adulta, sin urgencia de problemas, tal vez se hubiese quedado en hombre exclusivo de canto mayor y menor, de puro canto.

Como el árbol tropical, que gasta mucho en periferia florecida y que engaña con que descuida los menesteres de solidez del tronco, así engaña la prosa de Martí con el ornamento, y ha hecho decir a algún atarantado que no es sino vestimenta.

Suntuoso, es cierto, a la manera de los reyes completos que daban legislación, religión, política, costumbre y poesía, en la misma plana, y que siendo sacerdotes, cuidaban, sin embargo, de la esplendidez de su manto que solían diseñar ellos mismos a los costureros de palacio.

También aquí está el hombre construido en grande que no quiere mutilarse en ninguna de sus partes y que hace el manajo completo de las cosas buenas de este mundo, el hombre antiasceta, aunque sea cabalmente moral y anti-penitencial por hallarse muy apegado a la naturaleza que ignora el cenobitismo.

Al lado de la extraordinaria sintaxis de Martí está, como otro pilar de su maestría, la metáfora espléndida. La tiene impensada y no extravagante, original y no estrambótica; la tiene virgínea y siempre nueva, sin caer por reincidencia en la misma o en la semejante. Dicen que el estudio de un poeta lo dan sus metáforas por sí solas. El método es habilidoso, pero se nos quedarían afuera los buenos poetas ralos y hasta los ayunos de símil, que los hay. Para Martí el procedimiento resultará excelente. En su montaña de metáforas se puede descomponer su alma entera.

La última manifestación de tropicalismo que anotaremos en nuestro hombre es la generosidad que le viene, en parte, de su riqueza misma. El temperamento criollo rebosa de liberalidades; él se derrama en hospitalidad y dispendios. Nosotros no somos pueblos de vísceras reseca, arca vigilada ni alarmas de vieja despensera. Este sol que en vez de asistir solamente a la creación, la inunda y la agobia, nos ha criado en una pedagogía derrochadora.

Estamos llenos de injusticias sociales, pero ellas derivan más de una organización torpe que de una sordidez congénita. Andamos buscando un abastecimiento racional de nuestros pueblos y cuando lo hayamos encontrado, los sistemas económicos de la América serán mucho más humanos que los europeos.

Todo lo quiere para su gente Martí: libertad primero, cultura y bienestar enseguida. Y como su estilo forma el aspa visible de su rueda oculta, las liberalidades de Martí se traducen en su lengua por una desenvoltura de señor acostumbrado a poseer y a dar. Voltéese en la mano el estilo de los egoístas y se les sentirá la reticencia en la sequedad y el temblorcito de la avaricia en la indigencia de la frase.

Augusto César Sandino
(1895 – 1934)

*El guerrillero es, en un solo cuerpo,
nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Carrera
y nuestro Artigas. La faena es igual; el trance es el mismo.*

G. M.

Hijo Sandino

Hijo Sandino,
hijo de toda mujer que cría
guardador de la tierra
por la caoba, mujer y piña.

El mujerío te acarrea
ramo y ramo de bugambilias
por si la sangre de la flor
te calienta la sangre fría.

Indio Sandino,
mujerío piensa y cavila
que son leales, las tortugas y hormigas.

Te hemos traído
con los mazos de bugambilias
nombres de Martí y San Martín
y los diremos a tu herida
por que te alivie lo que alivia.

Tú nos lavaste
la serranía y las colinas
y subiremos si se manchan
de hombre de kaki las orillas.

Mira si puedes
al mujerío de olas vivas.
Somos de Chile,

de los Perúes y las Bolivias.
Benditas sean
tu luz, tu agua bebida,
tu pómulo indio,
tu aire y la ardentía de tus vistas.

Enseñanos fábula tuya
mientras se viva
como quien mece
ramas grandes de bugambilia.

La tierra nuestra
siete veces se purifica
en luz, en aire,
gentes y arcillas.

Buena es tu fruta,
perla y carey.
Toca, están limpias
la mujer y la serranía.

Hijo Sandino,
al Dios nuestro no se lo digas
ni a la mañana
ni a la noche que lloraría.

El mujerío te acaricia.
Traía lámparas
y tiene miedo de que brillan.

Sandino (I)

Son ciertas las palabras con que Froilán Turcios ha hablado del general Sandino: “Los ojos del mundo (yo diría del mundo español, porque al resto le importamos bien poco) están puestos sobre Sandino”. Sin esperanza alguna de que él venza, por un destino de David hondero, que ya no aparece, con la esperanza únicamente de que alargue lo más posible la resistencia y postergue la entrega del territorio rebelde, a fin de que se vea hasta dónde llega la crueldad norteamericana, hija de la lujuria de poseer.

La prensa francesa y la inglesa demuestran -y hasta de ello hacen alarde- estimación hacia el partido liberal de Nicaragua, así como de repugnancia por la extorsión de Estados Unidos. Si los norteamericanos no poseyesen esa impermeabilidad de diorita para la opinión del mundo y sus expresiones de simpatía o de repulsa, tomarían en cuenta este coro reprobatorio de los grandes cotidianos europeos. Pero su insensibilidad, que hace parte de su fuerza, los deja sordos a semejante réplica que ningún otro pueblo desentendería.

Algunos esperan que una resistencia de un año alcance a desentumir la conciencia de los demás países nuestros y a decidirlos a una acción diplomática de conjunto, semejante a la que provocó la conferencia de Niágara Falls en la cuestión de México.

Otros desean que Sandino y su gente vayan semana a semana elevando el tono de su hazaña, para que los Estados Unidos, midiendo las dificultades de la dominación en un país pequeño, no emprendan la de los grandes. Tal

pensamiento que he sorprendido en más de uno, me parece, por malicioso, un poco ruin.

Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un club de estudiantes harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar). Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales no quieren hacerle el préstamo de sí mismos, deberían hacer una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño ejército loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sucres y los bolívares suramericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados.

Francia vio en la guerra aumentar día por día la llamada *Legión Extranjera*, formada por jóvenes que, de los pueblos amagados por el peligro, venían a ofrecerle lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven. Sandino, según parece, no ha visto llegar hasta hoy los mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que solo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica *Legión Hispanoamericana de Nicaragua*?

Sí, Froilán Turcios dice también verdad escueta asegurando que la lucha en que se ha echado como en una marejada mortal el general Sandino, alcanza y supera a las Troyas clásicas que los bachilleres aprenden de memoria para sus exámenes. Solo que aquella época, que ellos celebran en sus tesis, no tenía como esta el concepto espectacular de un choque de razas, sino que griegos y troyanos precipitaron la flor de su generación en el infierno de la lucha, porque la justicia entonces era cosa más viva,

más caliente e inmediata; un salto recto de flecha hacia el objeto angustiador.

En nuestro tiempo, a esta hora en que escribo, y con el derecho internacional que jiba al mundo, se está “discutiendo en La Habana el derecho a discutir la cuestión de Nicaragua” y se oye, con una paciencia que yo llamaría de otra manera, el discurso con inflexiones a lo Marco Aurelio o a lo cuáquero, de Mr. Coolidge. Su discurso de apertura en la Conferencia Panamericana será el ejemplar mejor de la literatura política del sepulcro blanqueado, que suelen enseñarnos las razas anglo-sajonas.

La aseveración más grave que yo he oído es la de que “en Nicaragua los norteamericanos tienen razón porque apoyan a un gobierno aceptado por una mayoría a la cual la intervención yanqui da complacencia a causa de las ventajas y el logro material que lleva consigo”.

Son palabras de un joven nicaragüense, y no le han quedado la boca, ni siquiera alterado el rostro cuando me las repetía. “El derecho, si por tal hemos de entender la voluntad expresa de la mayoría, está con el señor Díaz”. Y yo le he contestado el argumento, porque he aprendido en muchas fealdades semejantes de los políticos, a distinguir entre “derecho” y justicia, es decir, entre forma y espíritu, entre el hueso muerto y el tuétano vivo, entre papel sellado y honestidad. Le dije solamente que, a creerle, sería verdad lo que se ha dicho por un español: que la traición es la mitad del temperamento mestizo, una especie de aliento nuestro que nos envenena y una aventura cotidiana en cuya trampa hemos de perecer.

Es muy difícil, a esta distancia, formarse juicio cristiano de lo que allá ocurre. Pero aun ignorando detalles y con un puñado de datos, las líneas grandes de la situación ya rojean y hasta llamean de verdad.

Sandino carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de “los dos mil de Sandino” para hacer lo mismo. Gracias a él, los nicaragüenses que ayudan al establecimiento del protectorado, ellos mismos, serán menos desdeñados que el protector que les concederá cierta honra porque son, al cabo, el hermano o el pariente de “aquel Sandino”.

Suelo arrebatado pulgada a pulgada, como es el de la zona rebelde, y no entregado como una pieza de lienzo, suelo mordido por la granada de los aeroplanos, por el precio infinito de la hazaña y que centuplica los fusiles y las máquinas infernales, cobra el valor de sus poblaciones como que se vuelve la carne viva de la historia. Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonorado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gentes y de naturaleza.

Ya se ve -¿por qué no decirlo aunque los burlones se rían con su fácil sonrisa?-, ya se ve un culebreo de resplandor eléctrico sobre esas sierras que dan escondite al pobre y heroico Sandino, y se mira hacia esa uña geográfica de su quebrada con un angustioso amor que pide, día a día, mensajes para saber si el caudillo vive.

El ángel de los oficios no le dio en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude sus pulmones. El señor Sacasa decepcionó a muchos que esperaban en él.

Sandino endereza, hasta ahora, los entusiasmos que el otro dejó caer.

Sandino (II)

Sandino con sus leales está cercado, cercado como una bestia fabulosa, como el onagro, como la Hidra de Lerna, como el dragón que comía poblaciones, en una quebrada pequeña de la mínima Nicaragua. Le mandan dos mil tiradores (él tiene seiscientos pobres hombres a media hambre); le mandan varios aeroplanos, que no son el de Lindbergh, y no van tampoco a gozar el paisaje de Rubén Darío.

Pero en La Habana los delegados de la Conferencia plantan, mientras tanto, una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo.

No dice el artículo lacrimoso que me informa, derretido de pasión botánica, quiénes han sido los de la idea. Suelen los yanquis tener unas ternezas que desorientan en sus caras rapadas, su traje kaki y sus polainas de cuero. Yo he oído a uno de estos, especie de Mr. Pershing con duras arrugas de pescador, hacerme, con las lágrimas a medio caer, un recitado de cuaquerismo que me sorprendía como si Kipling me dijera una jaculatoria. A raíz de esta conversación quemada de brasa mística que casi le creo y casi lloro también, hablamos de eso de Santo Domingo. Y este hombre caliente de Biblia todavía me dijo las cosas más desnudamente cínicas sobre las gestiones de los “independientes” dominicanos “entregándome su credo de norteamericano respecto de los pueblos débiles, pobres y desordenados”.

“Un pueblo fuerte y magníficamente organizado tiene derecho natural, que no necesita consultarle a nadie, de vigilar un poco sobre sus vecinos, cuyo desorden impenitente puede dañarle”.

“Nosotros necesitamos para nuestra industria, que va camino de hacerse mayoritaria en el mundo, el petróleo de México, la caña de Cuba y el café de Centro América. Si dejamos que en esos países cunda la riña, no explotarán lo suyo o nos estorbarán las explotaciones a nosotros. Es prudencia, que redundará en bien de ellos, el que intervinamos”.

“Por otra parte, el cristiano debe interesarse en parar la matanza cotidiana de esos países. Ayudamos casi siempre a los mejores”.

-Ayudan Uds. casi siempre a los peores -le dije- porque tienen que ser los peores quienes pidan que la policía extranjera les arregle la reyerta.

Puede ser, volviendo a la ceiba, que la idea haya salido de un delegado del Sur. ¡Tenemos una mezcla tan curiosa de lagrimeo y matonismo! Varios caudillitos nuestros tienen don de “fondeamiento” y don de lágrimas, todo junto.

¿Por qué una ceiba? El artículo que me informa dice que por ser ella el árbol “más umbroso de la América”.

Y yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas; el que echa más diámetro de sombra, refrescadora, no ya de pastores y ganados completos, como el árbol del poema, sino de caucheros y mineros acalorados de logro y violencia sobre los indios. La palma no, porque no esconde cosa alguna con su voluntad de desnudez, que es una como franqueza vegetal.

Pudieron, en vez de ceiba, plantar una caña -en tierra de caña-, símbolo más ceñido de la realidad. Así, los delegados mayores, los del Mississippi, se acordarían de que “casi es aire” de pura fina, esa armonía de las tres Américas desiguales: la América patrona, la América casi doméstica, que es la Central, y la América en tratamiento de domesticidad que es la que sigue.

Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque. ¿Por qué no ha de tener imperativo categórico también el pobre árbol bueno un poco madre de Maceo, el negro? Podría resultar ella con más vergüenza que un político, y secarse voluntariamente, parándose como el fakir la respiración y el suave pulso de la savia. Entonces podría llamársele con nombre tan largo como en las fábulas: “La ceiba-decorosa como un hombre”, “La ceiba-Martí” o “La ceiba-Maceo”.

No va a pasar eso. Ya es criatura fiscal, lo que vale decir bien nutrida, casi diplomática, y en las tempestades eléctricas de Cuba, cuando la isla se ve asaeteada desde el cielo como un San Sebastián maravilloso, para que no le vaya a caer un rayo, le pondrán encima un buen tallo de fierro preservador. El agua cae en abundancia y la helada no se conoce.

Tampoco se puede aconsejar a los *scouts*, ni siquiera a Roig o a Massaguer, que la asierren a la mala una noche, porque la pobre no tiene la culpa de ser el testimonio próspero de una mentira. Ella es solo “la pobre ceiba de la amistad panamericana”. Entra, pero por la puerta mala, en la jerarquía de los árboles ilustres, del Árbol de la Noche Triste y del árbol del tule de Oaxaca, que la mirarán con desconfianza de gente de pura raza para la de sangre sospechosa.

Yo no sé quiénes hicieron los discursos de la pobre ceiba. Seguramente no ha sido Mr. Coolidge, que apenas alcanzó a mirar la cara de los delegados y a decir sus afirmaciones rotundas de derecho de gentes contra el cielo absoluto de La Habana, donde las verdades y los embustes se ven tan netos como la derecha de la palmera.

¿Qué hará a esta hora la ceiba con sus tres discursos sobre la espalda ligera, entreverados seguramente con estrofas, a lo mejor hasta con un período tremolante de nuestro

Martí? Sobrelleva su mala suerte de criatura del 1900, en que la malicia –en el sentido teológico de engaño– reúne a una ceiba de Cuba con el señor Machado en la misma complicidad.

Al terminar, yo vengo a preguntarme, ¿por qué escribo este articulejo político, yo, que no tengo manía política?

Y me contesto rápidamente: porque el artículo de marras sobre la ceiba de La Habana me ha irritado una de mis bravas pasiones: la pasión forestal, tan fuerte en mí como la de las bestezuelas. Me deja sin cuidado que la gente de Brooklyn o de la Nicaragua oficial digan, sobre la visita de vistas de Mr. Coolidge, cosas embusteras. Al cabo, la santidad de la palabra nadie la defiende después que se nos murió Maragall. Pero las ceibas estaban todavía inéditas para “los hombres de engaño”, que dice el Evangelio. ¿Por qué manosearlas y rebajarles en prestigio vegetal?

Me consuelo pensando en que no se les ocurrió elegir y plantar árbol de alianza en Chile durante la Conferencia pasada. Habrían caído sobre la araucaria, bastante limpia todavía de contaminación. Y me habría dado más pena. Al cabo, conozco menos a la ceiba que, sin embargo, me ha apesadumbrado tanto.

Sandino (III)

Míster Hoover ha declarado a Sandino “fuera de la ley”. Ignorando eso que llaman derecho internacional, se entiende, sin embargo, que los Estados Unidos hablan del territorio nicaragüense como del propio, porque no se comprende la declaración sino como lanzada sobre uno de sus ciudadanos “fuera de la ley norteamericana”.

Los desgraciados políticos nicaragüenses, cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extraño y del despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

La frase cocedora de Mr. Hoover suena a ese *halalí* de las grandes cacerías, cuando sobre la presa que ha asomado el bulto en un claro del bosque, el cuerno llamador arroja a la jauría. Es numerosa la jauría, esta vez hasta ser fantástica: sobre unas lomas caerán cinco mil bombas y decenas de aeroplanos. También equivale la frase a la otra de uso primitivo: “Tantos miles de pesos por tal cabeza”, usada en toda tierra por los hombres de presa.

Lástima grande que la cabeza enlodada del herrero, que la prensa yanqui llama de “bandido”, sea, por rara ocurrencia, una cabeza a la cual sigue anhelante el Continente donde vive toda su raza y una pieza que desde Europa llaman de héroe nato, y de criatura providencial los que saben nombrar bien.

El herrero se parece más a Hércules que al Plutón infernal que ve Mr. Hoover. Enlodado corre por las cuchillas, a

causa de los pantanos en que ha de escurrirse como culebra; carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías malignas de los semanarios neoyorquinos porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales; y su defensa toma aspecto de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de la sangre.

Desde los años 1810, o sea desde el aluvión guerrero que bajó de México y Caracas hasta Chile, rompiéndolo todo para salvar una sola cosa, no habíamos vivido con nuestra expectación un trance semejante.

Mr. Hoover, mal informado a pesar de sus veintiún embajadas, no sabe que el hombrecito Sandino, moruno, plebeyo e infeliz, ha tomado como un garfio la admiración de su raza, excepto uno que otro traidorzuelo o alma seca del Sur. Si lo supiese, a pesar de la impermeabilidad a la opinión pública de la Casa Blanca (la palabra es de un periodista yanqui), se pondría a voltear esta pieza de fragua y de pelotón militar, tan parecida a los Páez, a los Artigas y a los Carreras; se volvería, a lo menos, caviloso y pararía la segunda movilización.

El guerrillero no es el mineral simple que él ve y que le parece un bandido químicamente puro; no es un pasmo militar a lo Pancho Villa, congestionado de ganas de matar, borracho de fechoría afortunada y cortador de cabezas a lo cuento de Salgari. Ha convencido desde la prensa francesa y el aprecio español hasta el último escritor sudamericano que suele leer, temblándole el pulso, el cable que le informa de que su Sandino sigue vivo.

Tal vez caiga ahora esa cabeza sin peinar que trae locas las cabezas acepilladas de los marinos ocupantes; tal vez sea esta ocasión la última en el millar de las jugadas y

perdidas por el invasor. Ya no se trata de una búsqueda sino de una cacería, como decimos.

Pero los marinos de Mr. Hoover van a recoger en sus manos un trofeo en el que casi todos los del Sur veremos nuestra sangre y sentiremos el choque del amputado que ve caer su muñón. Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte, que no hemos dicho nunca hasta ahora, a pesar de Santo Domingo y de Haití: “¡Malaventurados sean!”.

Porque la identificación ya comienza y a la muerte de Sandino se hará de un golpe quedándose en el bloque. El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Carrera y nuestro Artigas. La faena es igual; el trance es el mismo.

Nos hará vivir Mr. Hoover, eso sí, una sensación de unidad continental no probada ni en 1810 por la guerra de la Independencia, porque este héroe no es local, aunque se mueva en un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial. Mr. Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del Continente en la muerte de Augusto Sandino.

Pensar nuestra América

Nosotros debemos unificar a nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se trasmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto.

G. M.

La faena de Nuestra América

Este lugar me remece viejas memorias con su aire vegetal, su blanco brusco y el rostro noble y aureolado de mi ilustre amigo, el doctor Rowe. Hace veinticuatro años me recibió la Unión Panamericana y después, hace ocho, volvió a abrirme estas puertas ágiles. Bajo estos tres puentes de años ha pasado el agua de los tiempos, misteriosa por cambiante.

La casa comenzó siendo medio forastera para nosotros los del Sur: siempre los puntos cardinales fueron opuestos; quince años más tarde, ella pasó a parecernos casa amiga; a los cuarenta ardían aquí las brasas de una subida concordia y ahora Norte y Sur ya colindan, ya se tocan.

Siendo trashumantes los miembros políticos de esta casa, la acción del jefe estable dobla su importancia. Al doctor Rowe lo asisten tres genios de su raza: el servicio, la larga bondad, y la sencillez. Son genios escasos entre las naciones, porque estas grandes señoras colectivas suelen ser tan tías y frías como las damas de los retratos antiguos.

Dios guarde al doctor Rowe por haber domado aquí varios demonios: el del recelo, el de los nacionalismos empedernidos y el de la veleidad antojadiza. Un hombre francés decía: “Lo primero es durar”. La obra entera va madurando entre las manos.

Otro brazo generoso ha velado aquí la obra maestra: don Pedro de Alba. Es un mexicano y, como tal, tallado en la forma de su territorio, y su escorzo de cuerno de la abundancia se vierte constantemente desde esta casa hacia los pueblos nuestros.

El primer logro del taumaturgo laico, doctor Rowe, ha sido lograr aquí un convivio caluroso; el segundo, mantener viva la institución como una criatura, venciendo la inercia, oscura ley del universo y contraparte de las divinas fuerzas creadoras.

Desde la decisión de la Academia Sueca viene ocurriendo en torno a mí que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé. Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas. Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la postguerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico.

Y lo que entiendo y me sosiega en mi cinematográfica actualidad es que está llamando a todos los reacios, los vacantes y los solitarios hacia una milicia americana de orden espiritual, hacia un “arcangelismo combatiente”, como diría Pearl Buck. Entiendo que andan tijereteando la noche de la posguerra unas linternas sordas y buscadoras por todos los recovecos del Continente y que buscan con una ansiedad creciente.

Pero hay que entenderse: yo, al igual de vosotros, voy buscando “a los obreros de la viña” que dice el Evangelio; yo también peno llevando la linterna verdosa de ojos buscadores. Vivo el mismo desvelo vuestro e idéntica ansiedad; traigo, de vuelta de Europa, la visión acumulada de los riesgos americanos. Yo no soy ningún sostén válido y menos el hallazgo que todos rastrean; soy una buscadora más entre los que vigilan en las tinieblas, cuidando tres bienes amenazados. En todo caso, nuestras personas no importan; lo que importa es que no nos derriben del cielo nuestros números divinos: la libertad, la paz y la democracia.

Señor Martins, os afirmo mi fe en vuestra institución y me fío a ella en cuanto a entidad válida para la hora de la tormenta o del simple peligro. Soy una que no sabe más que los otros y que puede menos que casi todos los otros. Ser mujer es todavía una pequeña parálisis, e ir cortando ahora el aire mozo de la América, con unos cabellos más que grises, es casi una declaración de relevo, no de mi alma que Dios hizo y Dios cuida, pero sí de un relevo corporal, que va haciendo la tierra, mi madre.

La faena vuestra -y nunca la tuvisteis mayor-, el conservar liberado el Continente del delirio universal, de la miseria física y de la depresión fatalista y aceptadora de todo, que es su consecuencia.

Y realizando esto, es igualmente necesario que vosotros, comisionados de nuestro espíritu, no resbaléis por las piedras lajas de cierto tipo casi zoológico de nacionalismo que querría ubicarnos y clavarnos la carne y el espíritu en un solo meridiano, como si fuésemos la mera llama o la alpaca aymará. Tengo contadas por ahí a esas mis lindas bestias; pero sé que el hombre americano sobrepasa eso: la puna y el valle y las costas de los pingüinos.

El hombre, la mujer y hasta el niño de las tres Américas, han sido enseñados y saturados hasta su esencia por ciertas frases que son verticales como el rayo y que no aceptan soslayo posible. Son ellas: “Venga a nos tu reino”, “El pan nuestro de cada día”, y “Líbranos de todo mal”, frases cuya enjundia es la universalidad y la justicia social.

El Padre Nuestro comienza y remata en un plural rotundo e ineludible, parecido al golpe del martillo y a la punzada de las letanías. Las plegarias que vinieron después son en su mayoría individuales y tal vez sean por ello unas contra-oraciones, un malicioso viraje pagano hacia nosotros mismos.

Hemos caído desde que comenzamos a olvidar estos “nos” con una conciencia sonámbula o vaciada, y desde que el orar se volvió un mal rezar y la esencia se abajó a desabrimiento.

No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del Continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta Tierra del Fuego; he comido en las mejores y las peores mesas; tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental. Y me atrevo a decir, sin miedo de parecer un fenómeno, que la miseria de Centroamérica me importa tanto como la del indio fueguino, y que la desnudez del negro de cualquier canto del trópico me quema como a los tropicales mismos.

La paz del Continente primero estuvo basada en los arcabuces españoles y portugueses, y en ellos se afirmó también el orden. En la paz republicana entraría un ingrediente más: el derecho civil y el internacional; pero la paz que es nuestro deber inmediato, tiene que añadir cierta materia nueva: la justicia económica y en una proporción que no sea de gramos. La vieja paz no consideró este elemento; la América del Sur ha vivido unos tiempos remolones y miopes que no adivinaron esta obligación por venir. Sin embargo, teníamos cerca, encima de nuestras cabezas, el rectángulo de los Estados Unidos, pueblo que nació cenital en el capítulo de las justicias sociales.

Es un hecho que se ve en cualquier patrulla de trabajadores el que, cuando algunos de los obreros se fatiga porque su metal o su cantera son más duros, echa una ojeada convidadora hacia los otros que están frescos o que terminaron lonja. Los Estados Unidos tienen hacia nosotros el deber de esos mineros o canteadores.

En la América del Sur, el trabajo de unificar cuerpos y almas contrastadas, dándoles el mismo estilo de vida y

reconciliando las sangres como la lana y el algodón con los telares, constituyen faenas mucho más demoradas que la cabalgata bolivariana por los Andes y más compleja que una exploración de la red líquida del Amazonas. El norteamericano tiene que darnos la colaboración y el entendimiento generoso.

Es industria natural y sobrenatural el hacer hombres a base de mestizaje y elaborar ciudadanías europeas en unos territorios más trágicos que idílicos y sobre la milenaria costumbre indígena que fue arrasada. Añádase a esto unas ariscas herencias europeas, como el suelto individualismo ibero y los residuos feudales que vinieron en el hombre renacentista y tendrán ustedes, norteamericanos, la explicación somera de nuestra lentitud y de nuestro avance cortado por paradas bruscas. (Estas suelen ser rectificaciones parciales o tomas de fuerza para marchas forzadas).

El país es uno de aquellos que han quemado etapas, liquidando así unos plazos vencidos. Uruguay está hecho; la Argentina prosperó antes que todo; cada uno de los demás lucha y alcanza porciones de su bien, y México las ha pagado con harta sangre. Lo que pedimos es no solo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos; sobre todo, ser comprendidos.

Nosotros debemos unificar a nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se trasmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad y, además, con belleza. Nos trabaja una ambición confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar,

cuyo delirio queremos volver realidad. Pero tenemos que comenzar con el Bien para acabar en la Belleza. Los bienes bizcos, como el totalitarismo, aunque salgan de cunas clásico-cristianas, acaban en Gorgonas o en esperpentos.

La hermosa palabra “prójimo” es usada por nuestro pueblo como un homónimo de “semejante” y con la misma medalla doble se usa allá la palabra “cristiano”, que quiere decir “creyente”, pero además, “hombre”.

Veamos por que el vecino sea en este Continente un semejante, y procuremos hacer que el apelativo de “cristiano” corresponda al justiciero porque “semejantes” no son todavía las millonadas de nuestros indios; ni aun ese mestizaje de campesinos que todavía no sabe cultivar el sobrehoz de la América del Sur hasta el punto de que produzca cuanto necesitamos; ni tiene tampoco una conciencia madura esa clase media nuestra, ayuna de todo populismo, que no se une al pueblo para comunicarle el calor de su cultura y soltar la presa de sus creaciones, a fin de que la creación le entregue dignidad, dicha, honra y gozo.

Hombres nuestros: encomenderos de nuestra suerte: queremos defender la libertad con el mismo módulo que los Estados Unidos; queremos asegurar una paz casada con la justicia social tanto como Estados Unidos y queremos hacer una democracia asistida de los imponderables del Mediterráneo, adobada con las especies de Grecia y de Roma, que también son las abuelas del hombre europeo-americano, porque si nuestra civilización futura no tuviese el sabor de nuestra sangre, ¿cómo podría ella parecerse a nuestra industria propia, hazaña nuestra?

Coincidencias y disidencias entre las Américas

Al primer golpe de vista aparece un abismo entre el Norte y el Sur del Continente Americano, en cuanto se refiere al hombre. El choque de la diferencia todos lo sentimos: a unos les duele y a otros los desalienta. Pero si en vez de buscar con ojo de entomólogo los focos de las disidencias buscásemos los núcleos de las semejanzas, mejor nos iría, pues hay sorpresas.

Tal vez existan entre nosotros, americanos, cuatro sue- los comunes, cuatro zonas de convivencia inmediata, o si se quiere, cuatro lenguas subidas e inconscientes que poseemos en común. Idiomas morales son puntos de viejas citas olvidadas.

El del Norte y el del Sur creen en la libertad aunque la sirvan de modos muy diversos, aquellos viéndola en un clima constante, nosotros en unos descomunales altiba- jos, o bien en turnos de pasión y de decepción respecto de ella. Pero libertarios somos todos en las esencias del ser, allí donde viven el deseo y la voluntad virgíneos. Esta es nues- tra primera coincidencia.

La segunda podría ser la semejanza de la peana con- tinental. El cuadrilátero del Norte y el casi triángulo del Sur son, a pesar del corte uña del canal de Panamá, una in- vitación al avenimiento. Los dos océanos y las seis lonjas costeras nos sirvieron de correos líquidos y de Mercurios pedestres, antes de que el aeroplano regalase una vialidad perfecta. Las regiones templadas las crean en el Norte los meridianos, en el Sur las inventan nuestras bellas mesetas

andinas. La flora y la fauna, aun ellas, son más repeticiones que oposiciones.

El Continente realmente opuesto es la Eurasia, a pesar del tronco común que nunca les valió a las dos desventuradas personas para fusión alguna, ni siquiera para mirarse a los ojos.

El tercer ángulo de nuestro contacto es el espíritu de juventud: los Estados Unidos rebosan y crepitan de ánimo moza y también de euforia. Nosotros, los del Sur, nacimos con más peso de tradición sobre los hombros. Digo peso, no plomo. Así, cargados y todo, bullimos como caldo de marmita y escandalizamos con la loca ebullición. Lo cual quiere decir que los pocos metales de la tradición fueron necesarios en el comienzo, a fin de que no se rompiesen las calderas.

Este metal está fundiéndose en el Sur a ojos vistas: el vaho caliente de juventud y de creación que el Norte deseaba ver en nosotros, el coraje para legislar, la decisión para rectificar los errores y cubrir la marcha retardada; todo eso ya se oye y se palpa.

El cuarto acuerdo entre las Américas disidentes no es expreso como los anteriores, es tácito, casi subterráneo y se llama Cristianismo. Él amamantó a ambas Américas; aunque la frase parezca a muchos embustera, la leche fue común, el regazo semejante, la canción de cuna repetía la misma cuarteta divina, solo que con ritmo impar. Nacimos todos aquí balbuceando el mismo Dios, la misma Redención y las ocho puntadas de las Bienaventuranzas. Si el mongol hubiese pasado Behring y budistizado medio Continente, este sí habría sido un nacimiento de fatalidad, un destino declarado de guerra a muerte y un tajo de secesión. Desgraciadamente conquistadores y pobladores habían dejado atrás a Europa envenenada, su cristianismo partido

en jirones insensatos y aullantes. Duales y no unas llegaban las memorias de esta gente; las almas venían guerrilleras y, por qué no decirlo, llegaban tribales sus conciencias religiosas.

Así fue como el cristianismo, común a ingleses y a españoles, no les sirvió de nada a nuestros abuelos, no acercó, no allanó, no llegó a convivir sino a levantar parapetos y a abrir fosos.

De las cuatro áreas de coincidencia que pudieron ser mejor tierra firme que meros puentes: amor a la libertad, territorio, creencia, espíritu de juventud, dos están ahora hablando fuerte, dos no han soplado la vida de los ojos: el riesgo de perder el alma a la vez que el suelo. El Continente tenía que defenderse con un escorzo unitario y en un abrir y cerrar de ojos, y así ocurrió. Pero a estas horas todos ya sabemos, por la experiencia que nos ha rasgado los ojos, que la faena común solo ha dado la primera “pasada” del arado y hecho el descuajado de piedras, terrones y broza. Faltan varias más antes de volar el trigo.

Hay una América rica que trabajó mejor y con mayor suerte; hay otra que ha penado para unir tres sangres opuestas, realizando una delicadísima operación de injerto vital o mortal. El Norte no gastó tiempo ni distrajo fuerzas en el inmenso experimento que en el Sur dura ya cuatro siglos; el Norte sajón no quiso labrar el alma del habitante indoamericano; él tomó a la naturaleza solamente por campo de batalla: abrió, desbrozó y aseó de golpe y porrazo la tierra y todo eso lo hizo con rapidez suma, porque iba dejando atrás al indio vencido o muerto. Aseada la tierra y validada hasta el punto de volverse una especie de arquetipo agrario del mundo, el americano se lanzó a la industrialización con su ímpetu de campeón que no acepta la derrota en cosa alguna.

Mientras tanto, nosotros, indoespañoles, seguíamos en el Sur una gesta a la vez violenta y remolona: la de construir a base del encomendero una democracia, y la de reemplazar el caciquismo con la civilidad. Esto cuesta y esto vale por un trueque de las entrañas y tenía que durar cuatro siglos. Nadie ha dicho bien la gesta de la unificación de tres sangres y de tres almas que sirven de manera diversa al Bien como al Mal, y la de tres conciencias que se afilaron con ritmos tan contradictorios que no parecen salir de la misma ley natural.

El Norte, logrado sin tragedia, cuajado en sus crisoles sin operación trágica, debe ver y considerar la realidad del Sur y darnos ayuda en los últimos toques. Lo que ofrecemos es la lealtad, virtud caballeresca pero que todavía está en auge y servicio; lo que necesitamos es una generosidad que rebase lo comercial y aun lo político, y se vuelva cooperación ceñida y aquella verídica convivencia cristiana que el Viejo Mundo no supo o no quiso lograr.

Queremos ser comprendidos y después ayudados; pero antes que todo entendidos, pues solamente así se nos ayudará con eficacia y sin dejo de superioridad y mayordomía.

El Continente no debe volverse un dominio manejado por manos habilidosas en el juego. Europa ya agotó el ingenio y la malicia, la componenda y las falacias, y se perdió a causa de esta industria dolosa y a pesar de los reclamos diplomáticos. Nosotros, testigos de aquel juego perdido, tenemos la obligación de hacer cosa más honorable y duradera, trabajando el hierro forjado mejor que en la hojalata frágil de los “acuerdos” anuales que solo hacen un compás de espera.

Antillas

Las Antillas han vivido, yo no sé si muy olvidadas de nosotros. O muy olvidadas por nosotros, a pesar de ser ellas la linda criatura de las dos Américas, cintura descalabrada como la unión de ambas.

Sin embargo, no están mucho más lejos que la Costa Rica, a la cual nos sabemos en su pedagogía y su política como nuestra palma. La Habana casi vale Río de Janeiro como estampa tropical. Puerto Rico conoce la terrible experiencia de ver batida su sangre española con espátula norteamericana, experiencia que debe interesarnos muchísimo, porque el batidor, en el ensayo, está mirando con un ojo la isla y con el otro el Continente. Santo Domingo es la Antilla menos fogueada por nosotros, a pesar de que, en cualquier tiempo, ha prestado maestro al Sur: Eugenio María de Hostos, antes, a Chile; Pedro Henríquez Ureña, hoy, a la Argentina.

Con todo esto, se viaja poco y nada desde la América del Sur hacia las Antillas. Somos muy vanidosillos y no quebramos el itinerario Panamá-Nueva York por quedarnos en ninguna de ellas; llevamos una gran prisa de sonambular por la Quinta Avenida -que eso es-, de matricularnos en una de esas universidades donde se enseñan cosas que el seso atrapa y la sangre no consiente, y de mirar la estatua de la Libertad en su cubo de avizorador, sin entender que ese bulto es verdad de palpar para la familia yanqui y una bufonada para los extraños.

Por todo esto, el chileno caminador se queda sin la mota solar del trópico en la mirada, y no hay americano

efectivo con la ignorancia de la tierra caliente. Él desperdicia la ocasión de conocer el trópico precisamente en esas Antillas donde su contacto no escalda y es menos mortecino, en estas bandejas frutales, aquí el café, cerca la piña, al lado la caña, todo junto y cumplido como en una bandeja, y ribeteando el contorno, el mar refrescador de la palmera y de nuestra piel.

Pierde también el viajero de la prisa un español donoso y pulido que se halla allí y que nadie quiere cambiar por la lengua con golpe gangoso de cadena del inglés. Pierde de ver unas ciudades blancas de arquitectura feudal, pero gaya, que hizo allí el español jovializado por la luz y el aire jóvenes. Y pierde de gozar la hospitalidad fácil y bella como la hoja de su plátano, que es la antillana; una manera de recibir que convence de la consanguinidad y como la cual yo no conozco otra que la chilena. (Algún cubano me dijo y yo no lo he olvidado: “Usted se siente bien aquí por que los pueblos más españoles de la América son Cuba y Chile”).

Ignoramos el trópico, nosotros los del Sur, pero esto no impide estar siempre hablando de él como de una cajita he-dionda donde está encerrado un monito obsceno, una guacamaya desatentada de su propio color y unas guayabas fundidas; todo ello en revoltura fea de olores contrarios.

El trópico americano es cosa más sólida que un fruto pasado y más seria que el tití del Brasil. Por ejemplo, la fuerza listada a trechos de negro, pero al cabo una fuerza, de Benito Juárez; la ordenación, puesto a códigos y gramáticas, pero al cabo ordenación, de Bello; y en buena parte, dígame lo que se quiera, el hombre Bolívar, magnífico de imaginación y de eficacia como un plantío de cafeto o de cacaoes esenciales. Cualquiera día un estudiante hará su tesis de historia con este rubro, y no habrá torcido el hierro de

ninguna verdad: “Bolívar, un aspecto de trópico”. Naturalmente, otro es no solo un aspecto del trópico, sino él mismo: José Martí. “Yo soy el trópico bueno”, me contestaría si me oyera. Esto es cosa de contarla y explicarla en otra ocasión, sin prisa.

Los antillanos de esta generación de la desgracia, por su parte, tampoco tienen gran gana de ir a ver lo que su sangre hace y logra en el Sur. Dicen que siendo ya la Cuba y el Puerto Rico unos barrios de Nueva York, soltados en el mar, mejor es ir allá a entender más o menos al mayordomo del Caribe; y allá me los he encontrado yo, en la ciudad con la imaginación en cemento armado, peleándose el día y la noche con el carácter norteamericano, pero bien avenidos en la pieza del buen hotel, cuyo amoblado de laca blanca y cuyas llaves de agua les obedecen al antojo de calor o de frío; allí he conversado con ellos y me han dado su tragedia, reducida a comino de chiste criollo. (El confort es el anti- Plutarco del tiempo).

Los que siguen educándose, a Dios gracias, la cara vuelta hacia Europa, vienen a Francia, y por el prejuicio que se les ha metido de la invalidez de España en cualquier orden, y por su disgusto de sensuales hacia el mal viajar y el hotelito menesteroso de la ciudad pequeña, hasta estos se saltan la España de nuestra coordinación. De ida y regreso, dos veces dan la zancada encima de aquella que nuestro oráculo de respuesta precisa, la única capaz de descifrarlos y de decirnos lo que somos, de mostrarnos juntas nuestra excelencia y nuestra roña, que suelen estar en el mismo migajón de costumbre, y la única capaz de afirmarnos con la vista de las coyunturas testarudas de su historia, el hueso ablandado del trópico.

Francia enseña otros menesteres: ordena la mente greñuda o báquica que le traemos, hasta una limpieza de

dados, y suele ponernos la agilidad del buen jugador; comunica normas regulares y a veces salubres y enseña honestidad intelectual.

Pero en la última aldea española, viendo una mujer que arregla la mesa y sirve dos platos pobres y medulares con una dignidad y una caridad –las dos cosas juntas– de reina que ni suelta su viejo gesto; o aunque la pobre mujer se desinterese de nuestra mesa y diga no más un proverbio sobre la honra y “los dineros”, que tiene la edad de España, con estas dos grecas recibidas de ella sabremos más de nosotros que al acabar un curso de cultura española en la Sorbona.

Para las Antillas españolas hay dos tratos que frecuentar y dos argollas donde enganchar el cable del origen para que no vaya a caérseles al Mar: España y la América del Sur.

Parece que Martí haya sido el único antillano que miró hacia el Sur, trabajó para el Sur e hincó un poco de influencia en nosotros. *La Nación* (de Buenos Aires) dos veces tomó y guardó para sí dos grandes artesanos literarios del trópico; ambos le sirvieron a lo rey, y ella sirvió a ambos, dándose cuenta de quiénes eran, a lo patrón lúcido: Rubén Darío y Martí. *La Nación* decidió del destino artístico, que era un destino europeo del nicaragüense; ella le cernió la paja y el ballico rurales; le dio la apostura y un poco el justo desplante del regenerador de la lengua que él había de volverse, y después le hizo el bien sin precio de mandarlo a Europa y de sostenerlo allí bastantes años.

Muchas veces, dando y dando vueltas a la suerte imbécil que nos hizo perder a nuestro Martí –bellota de Rubén, no olvidarlo–, yo he pensado en que un viaje a la Argentina le hubiese salvado para la lengua, que era su única patrona legítima. La estimación fuerte de los extraños le apuntara mejor el contorno de su personalidad; él se habría visto; él habría entendido que su divino encargo era de americanidad

y no de enteco antillismo. Se cumpliera tal vez esa gesta de la lengua que llaman “modernismo” por obra de capitanes mellizos; uno de ellos, el que nos faltó, tenía digitales más americanos que estampar en la empresa. Poseía Martí cierta fuerza inocente que a Rubén, como el viejo indio que era, y adobado a una Europa vieja también, le faltaba en poco o mucho; Martí traía cierta fogosidad y cierta ternura, adámica una y la otra angélica, muy felices de ver en el habla de una raza nueva.

Todo eso pudo pasar y no pasó; Martí puso gustosamente su cuerpo en la rueda de moler becerros –y uno que otro héroe– que es la guerra; la rueda bruta nos majó esa carne de faisán del bajío, que es la más fina que haya hecho el demiurgo de la América, y nos tronchó una vida que nos vino tasada como para ochenta años.

Darío se continúa con dignidad en Lugones; Rodó en alguna manera completó a Montalvo; en cuanto a Martí, él “quiere y no quiere” volver a Vasconcelos. El mexicano recibió su fuego puro, pero “el tierno” le falta, el agua caritativa que desaltera y hace que el calor no nos vuelva astilla de yesca.

Martí salió echado de Cuba y se puso a rondar el Caribe, haciendo a la isla un verdadero cortejo de faisán o de amante arrojado que no quiere irse. Vivió sucesivamente en Venezuela, en México y en Centroamérica. Su pasión de Cuba parecía cosa de carne, imperativo y amarra de carne que no se puede cortar. Sin perdonarle la santa insensatez con que fue a meterse al matadero, yo suelo entenderlo en el apego mío del trópico.

El trópico es como una voluntad muy fuerte que cuando coge toma, no solo en cuanto al calor, que se vuelve necesidad del hueso, sino en cuanto al alimento del ojo por el paisaje que lo nutre como un tuétano. El trópico es una

aristocracia geográfica, de luz, de formas y de aire tónicos; aunque esa aristocracia aparezca llena de costurones feos y de tristes miserias, también de tatuaje más o menos evidente de esclavitud, todo ello es política, “es decir, cosa inferior a la geografía”. Se parece el trópico a las reinas gitanas que yo vi en una fiesta de las Santas María del Mar en la Provenza: perfil sin tacha, cuerpo sin tacha, danza, de retardar a las estrellas sobre el campo; y en el aire movido de la danza, la pobrecita hedía. Debe costar algo más lavar aquello que lavar a la gitana; la gitana tiene poca espera, porque se hará vieja; la tierra, emparentada con Saturno, cuenta con el tiempo. El pensamiento me lo hallaría vil Vasconcelos, pero da una consolación grande a los que necesitan ser consolados en nuestra pena por la tierra bella de la América.

Decía que entiendo la pasión caribe de Martí. Apenas si yo me aproximé al trópico y lo toqué con las yemas y le tengo el apego que a las cosas excelentes que no se ven en vano, y de las cuales quedamos convencidos por los cinco sentidos, y para mucho tiempo. En los países de cielo bajo en que la nube sucia toca la coronilla; en los paisajes desabridos que hay que trufar con este o aquel achaque histórico para que embriaguen; en estos otoños que nos regalan un día de siete horas, yo no me consuelo, yo no me resarciré nunca del trópico perdido y que no vuelvo a tener.

Una fascinación mayor, de niño que se crió con la fruta óptima y de joven, cuyos amores se recortaron en aquella luz magistral, debió ser la de Martí. La patria que él cuenta y enseña le saca un acento de niño encandilado, de varón plutarquiano también, que dice a cada párrafo “deber” o “sacrificio”, pero sobre todo el amante con desgarrón, de amante que no puede desprender un paisaje de partes perfectas.

Aquella patria él la llamaba Cuba, pero, naturalmente, se llama las Antillas. Ninguna de ellas es sola, y por eso en

la desgracia también andan juntas; la poca agua, chocando en cada una, más las junta que las separa; el cielo de Puerto Rico dicen que no tiene un gramo menos de azul que el de Santo Domingo.

¡Pobrecitas Antillas!, a las que se puede aplicar la copla del pueblo nuestro:

Rosa codiciada,
rosa deshojada.
Moza muy donosa,
almendra, dulce y pan;
aunque la guarde el Ángel
me la descubrirán.

Una superstición que yo llamo “de la lengua”, un respeto del perímetro grande que es pura barbarie del ojo, nos domina en el Sur y nos hace desdeñar a los pequeños países, entre ellos a estas islas donosas. Y nos engaña bastante el bulto geográfico: si al Brasil se le taja el borde atlántico, donde la población es decorosa, no nos queda mucho mayor que el Perú, y la misma Argentina reducida a cifra de densidad, no va mucho más lejos que Colombia. En Europa nos miden de distinta manera, estimando al habitante como núcleo del kilómetro y al kilómetro baldío como despreciador del habitante.

Yo enumeraba a un francés, con un poquito de énfasis, nuestros veintiún países. “¿Pero cuántos millones de habitantes?”, me dijo, cortándome el regodeo. Después de la respuesta: “Todos países pequeños, mi amiga”.

Habría que castigarnos la vanidad del Sur, madre del olvido de las Antillas y del desdén de Centroamérica con esa frase del francés, corta y eficaz como una pincelada de yodo. Las Antillas son países menudos y densos en

relación con los nuestros; muchos hombres que están sentados en una de las tierras que la geografía llama, enjuntamente, perfectas.

Sentido del 12 de Octubre

La estampa del 12 de Octubre es generalmente la de las carabelas, y está bien que sea eso, pero sea también otras cosas. La carabela atraviesa el mar tenebroso con su pobrecita cáscara de leño y su frente viva de velamen, y la hazaña en este caso es tanto de capitán como de tripulación, porque el heroísmo ha trabajado a todos desde Colón a Rodrigo de Triana a lo largo de los cuarenta y dos días. La carabela, es decir, el barco, toma de golpe una importancia casi moderna de instrumento para toda aventura, ya que esta vez no se ha tratado de costear el África con la tierra a pocas millas, sino de vivir en el mar cortado de todo continente durante cinco semanas de angustia y de ansia. Pero la fiesta tiene otra estampa más bonita todavía, y es la de la nueva tierra claveteada de nuevos árboles y de nuevas bestias, una lámina buena para que la dibuje mano medieval y que señale la adición de las nuevas cosas que los ojos van a tener, el regalo de las formas no sospechadas del viejo mundo y que estaban esperando atentas de este lado del mar.

No podemos imaginarnos, los modernos, a fuerza de la costumbre que tenemos de la riqueza cabal, lo que era aquel mundo, que no tuvo idea de las mesetas andinas con su luz depurada y el rebaño de llamas y de vicuñas caminando en ese pasmo de la luz. No tenemos idea los que ojeamos hoy un libro de imágenes ornitológicas de lo que pudo ser una imagería de volátiles que no contuvo al quetzal de cola prócer, al pájaro mosca gongórico y al cóndor de los Andes. No tenemos idea, los que vemos la tierra como piel

vegetal, de una atmósfera en que no se balanceara la araucaria chilena y en el que no estuviera palpitando el follaje del ahuehuete mexicano. Ya no tenemos idea nosotros, la gente de geografía completa, de una familia de ríos en la que faltaba el Amazonas, río mítico y verdadero y cabeza de toda generación fluvial.

La fiesta de las carabelas descubridoras es, pues, en primer lugar, la fiesta de la tierra novedosa. En seguida de eso, ella significa el desvelamiento de otro Oriente, de otra Caldea astronómica, de otro Egipto, constructor de pirámides, y de otra India amontonadora de piedras suntuosas.

Aquí también las gentes se daban el regodeo de la mejor luz, levantando templos y palacios exorbitantes; aquí también el gusto sensual trabajaba el oro y la plata para que el rey, el soldado y el sacerdote apareciesen más bellos; aquí también la casa tenía el muro vestido de piedra fina y el pavimento suavizado de estera perfecta; aquí también la vida corría al son de música profunda y de danza ritual. Este segundo Oriente, aun cuando no esté soldado como el otro a Europa, y lo separe de ella mucha agua, vendrá a servir de puente sobrenatural entre Europa y el Asia, cuando el indio mezclado con el blanco se vuelva un rostro de facciones opuestas en que el ojo almendrado parece de Arabia, el cráneo se vuelve caucásico y la lengua es de Castilla y por Castilla de la gran Roma.

La festividad mayor del 12 es ésta del nuevo cuerpo creado entre Atlántico y Pacífico, y en verdad labrada por los vientos contrarios que soplan de Europa y del Asia; la festividad profunda es ésta del tipo de la conciliación, donde las facciones enemigas acepten ensamblarse y las dos sensibilidades en guerra consientan en vivir juntas.

La obra española en América muestra muchos bienes, contiene tantos favores que no se puede decir sino

largamente; en un pobre discurso hay que decir no más que su gracia mayor, que su caridad sobrenatural, es la aceptación de la sangre india.

Otros pueblos europeos podrían habernos traído como España el cristianismo y una lengua europea, con los anejos a ambas cosas, pero ninguna seguramente habría abrazado la sangre nueva como España la abrazó sin una vacilación, desde el primer momento.

Démosle el descubrimiento a Francia e imaginemos el resultado. Francia toma el Continente como ha tomado el norte de África; pelea y civiliza con menos violencia que el hombre ibérico, como diría otro, con menos crueldad, cuidando muy bien de quedarse en frente del indio lo mismo que se ha quedado delante del árabe africano, cordial y extraño, cortés y extranjero. Démosle el descubrimiento de la América del Sur a Inglaterra, como lo han deseado muchos, y la carne blanca y la carne amarilla se quedan tajadas con un tajo de eternidad, sin que pase de la una a la otra cosa que no sea el acento en el aire, porque a veces ni siquiera pasa la mirada. La unión no solo será imposible sino que apenas existiría el simple contacto.

Continuando este juego de posibilidades, el español se nos queda más bien que como un buen conquistador, como el único conquistador posible, a pesar de todos sus yerros, a pesar de algunas crueldades inútiles y a pesar de sus torpezas de administración (que son torpezas de gobierno y no inhabilidad de la raza).

Esta gran piedad nacional y sobrenatural a la vez del español, que acepta con aceptación rotunda la sangre indígena, lava todos sus pecados y anega en generosidad todas sus faltas.

La raza mestiza ha devuelto, en cierta manera, la honra de la alianza y pagado el regalo de la sangre dando, por

ejemplo, a la familia heroica del mundo a un Simón Bolívar, hombre blanco, libertador y organizador de lo libertado; ha dado como ejemplar de la resistencia al extranjero a un Benito Juárez, zapoteca y tipo de dignidad humana; y ha ofrecido a España un Rubén Darío mestizo, reformador de la lengua que vino en la carabela.

A parte de estas cifras morales, la América española se ha mostrado capaz a este mundo, enviado en los valores materiales, de ofrecerle progresos materiales en las capitales modernas de cada país, en una industria recién nacida y ya brillante y en unas reformas sociales que han despuntado ayer y ya caminan con rapidez vertiginosa.

Dijimos que la fiesta del 12 era en primer lugar una natividad de la tierra, una especie de beneplácito de la geografía. El problema de la América española vuelve a ser geográfico, pero de geografía económica. Se trata ahora nada menos que de conservar la riqueza del Sur a la gente del Sur, de resguardar la parcela para el indio y el mestizo que la han heredado dos veces por las dos sangres, y como si dijéramos, de Dios, que es la que aquel territorio inmenso de mesetas y llanos ejemplares, de botánica preciosa y de una minería mágica, siga siendo el dominio de sus dueños naturales y la seguridad de la vida de sus hijos.

La festividad de la raza que comienza en una posesión física remata en lo mismo: en la conservación terca por necesaria de esa posesión terrestre.

La fiesta de la lengua española

Escribo estas palabras el martes 2 de octubre, día en que los diarios publican el discurso que algunos llaman testamento de Unamuno, y sintiese algún miedo de escribirlas si no tuviese ese documento por cabezal.

La “Fiesta de la Raza” fue ideada y lanzada por gentes de la mejor intención y del más bello *elan* organizador, y como la idea es atrayente aunque sea superficial, ha arrasado fácilmente a españoles y americanos. Pero la fiesta, como la estatua del sueño de Nabucodonosor, tiene los pies de barro, no en el sentido de coma impura, sino en el de soporte deleznable.

Leí ayer que los marroquíes se preparan a celebrarla y un buen informador me cuenta que se trata de sociedades arábigo-africanas ciento por ciento y no de españoles del África.

En algunas colonias de la pampa argentina, de niños italianos puros cuando no rusos, alabarán, por condescendencia oficial, la raza española, que se merece la exaltación más superlativa por el tamaño de su gesta, pero que ellas sienten raza suya de modo muy vago y que a lo mejor no la sienten tan sino en cuanto a argentinos cosmopolitas.

Las aldeas de México o del Perú, hasta la más hincada montaña adentro, donde el rostro español no aparece ni apareció nunca, también celebrarán la Fiesta, con la convicción de que es nobilísima, aunque no tenga sentido directo para ellas.

Luego no se trata de una Fiesta de la Raza, sino de una de la lengua. Esos argentino-italícos y esos bereberes y esos

indios nuestros no pueden celebrar otra cosa que la lengua, que es lo que España les cayó en suerte, lo que le adoptaron y lo que le sirve gozosamente.

¿Y por qué no llaman de una vez las cosas por su nombre, y aunque este argumento sea menos arrebatador, adoptarlo de una vez por todas por leal? D. Miguel de Unamuno lo ha dicho ayer, en su “Castilla fundamental”, y otros lo venimos diciendo hace mucho tiempo en nuestra América: Raza no, idioma sí. O bien, la lengua en pleno, la raza a tercias, o menos.

El viajero español recorre mal su América. Le visita las ciudades, concentraciones de blancos y mestizos, y en algunos países, especies de campamentos de europeos expedicionarios, anegadas en un mar de poblaciones aborígenes. Él regresa a contar su América blanca y convence de ella a los que allá no fueron ni irán nunca.

En el Brasil, ese viajero libador de miel de urbes, conoció su Río de Janeiro más o menos ibérico, y no bajó en la Santos italo-germánica.

En Chile, por miedo de lluvias y de kilómetros, no echó una mirada sobre las dos provincias australes, donde el alemán hace horizonte.

En el Perú tenía las aldeas indígenas a cinco horas de Lima y en México a tres horas, pero se quedó sin la experiencia rotunda dejando que se las contarán y evitándose el ver y el tocar, que nunca deben ahorrarse.

La Raza sudamericana, a lo que así llaman, está quebrantadísima en su hispanidad y de año en año el mal (si es mal) subirá en marejada, con la imaginación, que en todas partes es considerable, pero en algunas inmensa. En cincuenta años más aquella América nuestra ya no será nombrada española por la sangre, sino por la lengua, como

se llama Suiza francesa a una Suiza llena de filtraciones germánicas, pero que habla francés.

Y si el nombre de la festividad ya no será válido dentro de cincuenta años, ¿por qué no haríamos desde ahora el trueque de su nombre y la ubicación precisa de su sentido, puesto que se trata de un asunto trascendente, digno de ser considerado en una perspectiva muy dilatada?

Unamuno ha dicho magníficamente que el verdadero conquistador de la América, el de ayer como el de hoy, fue la lengua. La conquista del hombre americano por el español sigue siendo el idioma, aunque España se dé poca cuenta de ello. La Argentina, tan acusada de traiciones al castellano, lo ha enseñado a hablar a cuatro o seis millones de extranjeros y se le debe una especie de empresa profunda de hispanización de gentes.

El conquistador dejó en América la sangre que pudo, pero no es él quien hispanizó mejor, sino el misionero enseñador, el santo fraile vuelto maestro rural. El hecho de la exploración, el de la ocupación y el de la conquista de un continente, mirado con ojo fino, tiene menos extensión y profundidad, aunque sea tan resonante, que el hecho heroico y sordo de la siembra e hincadura del castellano entre las masas indígenas.

Después de los misioneros vienen como beneméritos los dirigentes americanos, blancos o mestizos, que han continuado en nuestros pueblos la alfabetización del indígena, y Vasconcelos, el mexicano, tal vez sea el mayor de estos hispanizadores por el alfabeto.

El maestro José Padín, funcionario de Estados Unidos en Puerto Rico, pero hombre leal de toda lealtad a su pueblo, que acaba de reivindicar para la Isla la enseñanza primaria en español, nos da otro nombre que anotar en la plana de la Fiesta de la hispanidad, o sea, la de la lengua.

El santo y seña de la unidad del Continente y el de su vínculo de cualquier tiempo con España no hay que fijarlo en una “raza” homogénea, ni siquiera aproximadamente homogénea, que no hay tal en este laberinto de sangres anotadas: indígenas, italiana, alemana, judía, rusa, etc. La maravilla de la semejanza, el toque de gracia unitario caído sobre esos veinte pueblos, y de donde parten todos los bienes actuales y venideros de la unidad, vienen de la lengua, y ya es tiempo de que así sea considerado y de que sobre este hecho se tracen planes y se sueñen los sueños que queramos para lo porvenir.

Fiesta de la Lengua, que ya Colombia la sabia y la fiel, ha creado hace unos cuatro años. Esa Fiesta debe ser corroborada por gobiernos e instituciones, pero deberían concretarla y perfilarla escritores y maestros, jefes naturales de la empresa. Así se borraría en ella el gesto político y se definiría su índole de natividad espiritual pura.

Doce de Octubre; este día debiera ser aplicado a una faena que tenemos casi desierta: la de la propaganda del español en el mundo, hecha conjuntamente con fervores y dineros y no solo con fervores de los veintiún países que lo hablan sobre los tres mares.

*

Sobre la paz y la América Latina

Creo que la América Latina es casi totalmente pacifista. La causa de la paz nos es connatural; nuestros veintiún países no tienen nada que ganar en una guerra y casi todos miran hacia ella como calamidad pura. Por religión, por principios republicanos y por hábito, la matanza legal, llamada “guerra”, nos repugna. Por otra parte, la adhesión a cualquier bando guerrero comenzaría por dividirnos, y nuestro interés primordial es pasar de la presente unión de nuestros pueblos a la fusión de todos ellos en una especie de Estados Unidos Centro y Sudamericanos.

Somos gentes absolutamente ajenas a los intereses de una guerra cualquiera, sea ella de índole ideológica o comercial. La industrialización de la América Latina, y con ella el bienestar del campesino y la clase obrera, nos recomiendan solamente una larga paz laboriosa y la atención colectiva centrada en esos temas.

Así y todo, no podemos ver con indiferencia la situación en extremo inquietante producida por la tensión mundial, pues cerrar los ojos a este hecho sería necedad o hipocresía.

La suerte de la cultura occidental, conformadora de la nuestra, y la debacle económica que traería otro conflicto mundial, no son cosas que dejen yertos a estos veintiún pueblos, que tal vez sean los más sensibles entre los del mundo. Sensibles somos y hasta de más en cuanto a nietos de la desgraciada Europa y en cuanto a miembros de la cristiandad.

El Congreso de la Paz no erró al escoger este país como su sede. México sigue siendo una patria libérrima y empapada de humanidad.

No necesita nuestro Congreso de mucha puja para convencer sobre las lacras de la guerra y sobre la zoología pura que ella entraña. La raza iberoamericana, inteligente e informada del mundo, se sabe bien la lección primaria del valor de la paz y, por sabérselo, México está albergando en un momento de zozobra esta cátedra colectiva de pacifismo. Si en el filo de la circunstancia que vivimos la legión de la paz desertase entera o raleasen sus filas, ya bastante entecas, a las almas libres del mundo no les quedaría sino la aceptación de la carnicería como único corte del nudo gordiano. El solo pensar esto da cierta vergüenza respecto del género humano.

Es preciso que los que no militamos en ningún partido salgamos, pues, de nuestra soledad para decir sin miedo la propia convicción, que es más o menos la siguiente: la América Latina sigue siendo fiel a la causa de la paz, especialmente en la porción de sus educadores y de sus intelectuales. Bien se puede añadir a estos dos gremios el ancho sector del pueblo que trabaja en las faenas pacíficas de la industria y del inmenso campo americano. Si resultase que estos cuatro sectores fuesen flacos –y sabemos bien que no lo son–, aún así, como simples minorías sensibles y alertas, tendríamos el deber de juntarnos para hablar sobre una catástrofe que puede herir a la América Latina en el plexo solar de su economía y en el de sus principios espirituales.

Creando, desde la raíz de mi conciencia, que esta profesión de fe pacífica representa un deber vertical, yo estoy dando aquí el testimonio que me dicta mi amor de maestra por los niños que crecen, y cuyas almas no deben ser torcidas por ninguna ideología que considere la guerra como “fatalidad histórica” ni estime la paz como un mero paréntesis de reposo entre dos jornadas de sangre.

No es vil la prédica de la paz, tampoco es infantil; ella no indica falta de virilidad en aquellos pueblos que la tienen como el mayor de sus bienes. Pero la paz grande y pura debe ser un principio álgido, una afilada voluntad de velar sobre ella, seamos católicos o protestantes, mozos o viejos, idealistas o realistas. La paz representa una ley moral, la primera entre todas, tal vez el “imperativo categórico” por excelencia; ella no es, como algunos creen, un mero ambiente para negocios prósperos.

Aunque corramos el riesgo de ser vistos con un gesto de duda o de sospecha, todo eufemismo debe ser rebanado a estas horas por cuantos tenemos algún coraje moral, y aunque nuestra persona cuente muy poco delante del poder o del terror de los belicistas, no nos queda sino cumplir en cuanto a hijos y servidores de la persona parda y divina que llamamos paz. Aunque fuésemos una minoría ingenua, los pobres creyentes de una entelequia, estaríamos obligados a hacer por ella todo cuanto podamos. Otra posición nos abrasaría la conciencia como el tizón que arde aún sofocado. Porque el silencio y la inercia, cuando las patrias viven su solsticio mayor, solo se llamarían necesidad o malicia.

Yo espero que ustedes, oyéndome alegar por un asunto que muchos consideran meramente europeo y norteamericano, no me tomarán a estas horas de luz oblicua como cosa parecida a una rusófila embozada. Nunca me allegué a un solo problema latinoamericano sino como la criolla que soy, planta indígena marcada por su suelo en cada raíz y en cada rama de ser. El temperamento nuestro es tan original como lo son la araucaria chilena y el cactus mexicano. No creo en ninguna forma de vida personal y colectiva para nosotros que deba venirnos como paquete postal desde tierras e ideologías lejanas y casi lunares.

Para bien o para mal nuestro, dominan en el mestizo y en el indígena de la América una sensibilidad y un sentido de la vida estatal y familiar que nos es peculiar, y esta originalidad tenaz nos invalida para la adopción de ideologías políticas y módulos de vida remotos.

Nuestras repúblicas resultan ser muy otra cosa que las europeas y todas las adaptaciones “de pe a pa” que hemos ensayado en esta América criolla mudaron aquí de color y esencia perdiendo ángulos, perfil y hasta sus entrañas mismas. Esos sistemas unas veces ganaron aquí en humanidad, pero otras veces desfiguraron hasta volverse irreconocibles.

Soy una pesimista en lo que se refiere a la suerte de Europa, por más que no deseo sino bien a la Madre que acarreó hacia el Nuevo Mundo sus esencias mejores y a pesar de que nos trajo, apareado a ellas, su individualismo exacerbado y suelto.

No puedo callar el hecho de que, entre la lectura de los cables europeos que trae la prensa diaria y el paisaje próspero del hermoso estado veracruzano, mi pensamiento constante y casi obsesional es este: hay que mantener la paz en nuestros veintiún pueblos, a fin de que en meses o años más seamos una especie de tercer Continente, la isla del refugio, un tercer frente salvador para los hombres desesperados, que llegarán aquí en busca de sitio donde posar los pies errantes.

A ese pensamiento siguen otros: está viviendo la América Latina un momento hartamente confuso, pero a la vez de cierta actividad alácrica que se traduce en creaciones industriales y agrícolas; estamos viviendo a estas horas dentro de un ímpetu de acción realista y de autodeterminación decidida. El caso de México está a la vista y conforta la esperanza. Nuestras potencias fijan sobre la tragedia europea

sacuden por fin sus modorras tropicales de un siglo, que fue de cultivos remolones y de técnicas paupérrimas.

Labremos nuestra tierra en esta pausa de paz; hagamos la guardia física y moral de nuestra parcela y completemos las independencias políticas del año 10 con la que faltó, para desgracia nuestra, la liberación económica. Y hagamos esto no con los dientes apretados de unos nacionalismos calenturientos; hagámoslo con mira a nosotros mismos y a la reconstrucción de la latinidad que, en porción europea, parece hallarse enferma y a trechos llagada.

Brazos abiertos para merecer la inmigración, para doblar en vez de diezmar, para alimentar a manos llenas y construir las moradas del pobre hombre criollo, tan digno como cualquier otro hombre de poseer realmente la tierra suya y de crear sobre ella dicha.

Agradeceremos a los presentes los frutos sanos que salgan de esta reunión, la cual es, en todo caso, racional e importante. Yo tengo fe en la índole apolítica de vuestros trabajos. Todo su éxito depende de que se obre con las puertas de par en par a fin de que los acuerdos del Congreso convenzan, como una empresa que busca esclarecer las vistas, ordenar la desorientación y salvarnos la paz.

Lo único que importa aquí es pensar con precisión y jugar limpio. Seamos unos buenos criollos que tienen piedad hacia la suerte de su propia carne, y no comprometen a la generación que los sigue, y cuyos destinos están jugándose a estas horas. Nosotros debemos resolver, sobre un negocio tan grave como la guerra, en el cual se decidiría la suerte de nuestros cuerpos y nuestras almas, y para ello hemos de mantener en nuestras discusiones una conciencia liberada y lúcida. No nos cegaremos por el humo de la pasión ni por la flaqueza de los pueblos nuevos cuya voz se parece a la de los coros infantiles.

Nuestra América ya no es un vagido en el aire del mundo; ella es una voz ancha que bien podría volverse poderosa en el cónclave de la ONU, si quisiéramos, en bien del mundo, formar un bloque verdadero de nuestros veintiún países, un anillo férreo de resistencias morales.

La paz que andamos buscando a tanteos y en menudas sociedades locales, en grupos generosos pero inválidos, debería salirnos entera y rápida de aquellas Naciones Unidas, creadas para tal encargo y misión. Nuestras veintiún delegaciones bien podrían obrar allí más y mejor, y hacerlo sin timideces y zigzagueos, volviéndose así un poder real dentro de la casa de Lake Success.

Pero tal vez allí seguimos siendo angostamente nacionales, y flacos, a causa de que la unidad de nuestros pueblos no llega a su sazón y apenas si parece pergeñada. Y es que no tomamos aún la posesión de nuestra potencia plural y nos falta la fe en nosotros mismos y la verificación de la propia potencia. En bien de nosotros y del mundo, la fusión de los pueblos latinoamericanos debería ser apresurada en este momento que es de soluciones vertiginosas y de decisiones drásticas de nuestros destinos raciales y nacionales.

Notas y referencias

América, América

“Nuestra América”: Gabriela Mistral escribió este breve pero significativo poema –que lleva el título de uno de los idearios fundamentales de José Martí– en agosto de 1922, durante los primeros meses de su residencia en México, país desde el cual su visión americanista empezó a hacerse cada vez más intensa. El texto nunca integró libro alguno de la autora, a no ser en revistas y publicaciones de la época: *El Heraldo de la Raza* (México, D.F. 1922). *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica, 4 de septiembre, 1922).

“El Grito”: Uno de los primeros textos prosísticos en el cual Gabriela Mistral revela toda su fervorosa americanista y su admirativa devoción bolivariana. Publicado en la revista costarricense *Repertorio Americano* (17 de abril de 1922) con la siguiente nota del editor, dirigida a los maestros: “La posibilidad de que en las escuelas se aprendan esta justa y magnífica invocación a la confraternidad hispano-americana”.

“Salve, América”: Publicado en el suplemento literario de *El Espectador* (Bogotá, Colombia, 22 de enero de 1925).

“Voto en el Día de las Américas”: Escrito por Gabriela Mistral especialmente para el primer Día Panamericano o Día de las Américas –14 de abril de 1931– y dirigido principalmente a la juventud escolar, exaltando los ideales de paz y de solidaridad continental. Publicado en *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica, abril de 1931).

“América: América”: Perteneciente a las ya clásicas Notas del libro *Tala* (1938). Breve texto que dice relación con

aquellos poemas himnos (“Sol del trópico”, “Cordillera”, “El Maíz”) incluidos en la sección “América”, y viene a testimoniar su fidelidad y apego a los asuntos o bultos tutelares del mundo americano; un “allegarse” –como ella dice– a esos materiales formidables.

Libertadores

“Padre Bolívar”: Extenso poema de cincuenta estrofas. No publicado en libro original de la autora y que pertenece a la colección de inéditos del legado literario de Gabriela Mistral. (Biblioteca Nacional de Santiago de Chile). Este soberbio y gran poema fue escrito por la autora chilena con la intención de publicarlo en homenaje a Simón Bolívar durante la década del treinta y en los años cercanos al centenario de la muerte del Libertador: “Viendo que en nosotros vuelves a estar vivo / y que tu corazón está en el nuestro / y un solo pulso bate tu progenie”. El investigador Luis Vargas Saavedra lo incluye en *Almácigo* (Ediciones de la Universidad Católica. Santiago, 2008).

“El rostro cuarentañero de Bolívar” (*El Tiempo*, Bogotá, Colombia, 1 de febrero de 1931), “La ambición de Bolívar” (*El Mercurio*, Santiago, 19 de abril de 1931), “Poltronerías” (*El Tiempo*, Bogotá, 8 de marzo de 1931), “La falsa estampa” (*Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 13 de junio de 1931). El tema Simón Bolívar fue siempre muy presente y constante en Gabriela Mistral y revelan su intensa vocación bolivariana, “al Libertador de América, al definitivo Bolívar”. Estos artículos o “recados”, escritos con ocasión de los múltiples homenajes tributados al Libertador durante el centenario de su muerte (diciembre de 1930) y publicados en diversos periódicos y revistas del Continente, dejan

de manifiesto su pensar y su decir en torno a un Bolívar en su admiración y en su conducta: “... hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario”.

“Martí”: Poema perteneciente al legado literario de Gabriela Mistral (Biblioteca Nacional de Santiago de Chile) y no incluido en ninguno de sus libros originales (*Desolación*, 1922; *Ternura*, 1924; *Tala*, 1938; *Lagar*, 1954). Luis Vargas Saavedra lo incluye en *Almácigo* (Ediciones Universidad Católica, Santiago, 2008).

“El hombre Martí” y “Martí y el trópico”: (*El Tiempo*, Bogotá, 10 de junio de 1932). Con algunas variantes estos recados formaron parte de la conferencia-ensayo “La lengua de Martí”, dictada por Gabriela Mistral en La Habana, julio de 1931, durante una visita a Cuba.

“Hijo Sandino”: Poema perteneciente al legado literario de Gabriela Mistral (Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile). Se incluye en *Almácigo*, volumen con poemas inéditos de Gabriela Mistral. (Pontificia Universidad Católica de Chile. Ediciones UC. Santiago, 2008).

“Sandino, contestación a una encuesta” (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de marzo de 1928); “Sandino, la pobre Ceiba” (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 25 de marzo de 1928) y “La cacería de Sandino” (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 7 de junio de 1931): Estos tres artículos escritos y fechados respectivamente en París, Córcega y Nueva York, vienen a constituir, en fundamento y adhesión a la causa sandinista, una verdadera declaración de principios o artículo de fe americanista de la autora chilena, y dejan de manifiesto toda la admiración que Gabriela Mistral no

solo tuvo por el patriota Augusto César Sandino y su causa nicaragüense, sino además, importándole grandemente su apego a aquellos principios fundamentales de la no intervención y de la autodeterminación de los pueblos. Por este apoyo intelectual de Gabriela Mistral, el mismísimo Sandino la declarará “Benemérita del ejército sandinista”.

Pensar Nuestra América

“La faena de Nuestra América”: Revista *Política y Espiritu* (Santiago de Chile, septiembre de 1946). Discurso pronunciado en la sesión extraordinaria del Consejo Directivo de la Unión Panamericana (Washington D. C., mayo de 1946) celebrada en honor de Gabriela Mistral, pocos meses después de haber sido distinguida con el Premio Nobel de Literatura (10 de diciembre de 1945).

“Coincidencias y disidencias entre las Américas”: *Revista de América* (Bogotá, febrero de 1945). Atenta a los pulsos de la hora presente, Gabriela Mistral participa vivamente con su palabra -oral y escrita- para apoyar una causa americanista justa o para expresar un desasosiego preocupante: “Lo que pedimos es no solo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo comprendidos”.

“Antillas”: *La Nación* (Buenos Aires, 16 de febrero de 1930). Las Antillas, con sus islas y mares caribes, fueron para Gabriela Mistral un permanente beneplácito de paisaje, lengua y americanidad. “El trópico -decía la autora chilena- es una aristocracia geográfica, de luz de formas y de aire tónicos; aunque esa aristocracia aparezca llena de costurones feos y de tristes miserias, también de tatuaje más o menos evidente de esclavitud, todo ello es política”.

“Sentido del 12 de Octubre”: Discurso pronunciado en Nueva York sobre la Fiesta de la Raza. Lo publica *El Tiempo* (suplemento *Lecturas dominicales*, Bogotá, 30 de noviembre de 1930). Por esta época Gabriela Mistral dicta clases y conferencias sobre literatura latinoamericana e historia de la civilización de la América española (Barnard College, Universidad de Columbia, Nueva York).

“La fiesta de la lengua española”: Publicado en la revista *Nuestra Raza* (n.º 123, Madrid, 1934). Texto que bien se complementa con el anterior, toda vez que Gabriela Mistral pone en cuestionamiento la llamada “Fiesta de la Raza”, entendida como celebración de la hispanidad, que mejor debería llamarse “Fiesta de la lengua”: “... lo venimos diciendo hace mucho tiempo en nuestra América: Raza no, idioma sí. O bien, la lengua en pleno, la raza a tercias, o menos”.

“Sobre la paz y la América Latina”: Mensaje de Gabriela Mistral para el Congreso de la Paz, celebrado en México (1949). Por esta época la premio nobel latinoamericana residía en Fortín de las Flores, Xalapa, y la mayor parte de las veces en el puerto de Veracruz. Publicado originalmente en la revista *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica, 10 de enero de 1950).

Jaime Quezada

Epílogo

Diálogo entre Gabriela Mistral y el sueño de Bolívar

Convergen en Gabriela Mistral dos vocaciones, tan profundamente arraigadas en ella como raíces de un árbol frondoso en el fondo de la tierra: las de escritora y maestra.

Su vida, iniciada en las últimas décadas del siglo XIX (1889) para finalizar más allá de la mitad del XX (1957), es un recorrido apasionado y por muy largos periodos casado con la tragedia, en un proceso que servirá de acicate al fortalecimiento de su alma de mujer y de creadora, como ocurre con frecuencia inusitada con los seres destinados a las grandes empresas por la humanidad.

Esa niñita nacida en el Valle de Elqui, forjada en un mundo bucólico -el de Montegrande-, acostumbrada a la cercanía a los elementos naturales, con raigambre telúrica, irá progresivamente descubriendo su relación con la vocación magisterial, asombrosamente nacida del autodidactismo. Porque Lucila Godoy, para llamarla por su nombre, se inició como maestra rural sin la formación en la Escuela Normal, y cuando manifestó su deseo de ascender a esta le fue negada, recibiendo críticas discriminatorias, como “atea y revolucionaria”, sostenidas a partir del ejercicio de su escritura en prensa de la región, donde lo único que se ponía en evidencia era una sensibilidad e inteligencia poco comunes. La futura Gabriela aprende, pues, a leer, de manos de su hermana Emelina, que la aventajaba en 15 años, y cuya imagen probablemente es la que le lleva a construir una vocación hacia la educación.

Insistimos en este aspecto porque es el área y la conexión que lleva a Gabriela Mistral a encontrarse con las ideas de Simón Bolívar, puesto que detrás de su afán docente estará el firme deseo de hacer de sus alumnos seres conscientes de su entorno americano, identificados con su paisaje, sus rasgos étnicos y culturales, sus lenguas y su proyecto latinoamericanista.

Mistral, con 20 años de vida, distanciada de aquello que fue su cuna, desde su vida de extranjera escribe uno de los poemas más monumentales de nuestra lengua, en la expresión de la complejidad y el conocimiento que testimonia la vinculación con la tierra que le dio origen; “Poema de Chile” (1967) es, de manera esencial, un manifiesto conmovedor, que como bien señala Iván Carrasco:

... es un texto de proposición y construcción de identidad nacional, biográfico en la medida en que alude a ciertos rasgos de la vida de la autora (*mi infancia aquí mana leche / de cada rama que quiebro*); pedagógico, en cuanto intenta enseñar a los lectores chilenos a respetar lo propio; indigenista por la defensa y promoción del indígena, pero también intercultural por su aguda visión de una sociedad compleja formada por etnias y culturas distintas en interacción.

Esta lucidez, en su caso nostálgica y dolorosa, le proporcionaba a la escritora la solidez de un roble en la construcción de un vínculo engrandecido a través de la escritura y el magisterio, con su ser latinoamericana.

Si pensamos en los hilos conductores que tejen nexos entre esos hermosos textos: “La maestra rural”, o la “Oración de la maestra”, el “Poema a Chile” –publicado póstumamente– o “Tala” (1938), encontraremos un entramado que se coordina como una sinfonía o un encaje, expresando

valores esenciales con la belleza de un estilo siempre sobrio, profundo, anclado en la naturaleza de la palabra auténtica.

En realidad toda su obra se alimenta desde las raíces profundas de las imágenes, emociones y sentimientos engendrados en sus años en el valle de Elqui, su mundo de maestra rural en Temuco y las cercanías de La Serena, la dimensión de un paisaje particular en la huella de sus elementos definidores, rodeada de seres ligados a la tierra de modo inseparable.

El sueño de Bolívar se sustentaba en la construcción de una gran nación que unificara este territorio de la América del Sur; Gabriela Mistral nos hablará abiertamente de ello en su texto titulado *El grito*, publicado en la prensa mexicana en 1922:

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

La escritora, emocionada, insiste en la defensa de lo auténtico, lo propio, lo que nos acerca como nacidos en un mismo territorio, al que debemos defender y celebrar:

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

La mujer, la intelectual lúcida, el corazón ardiente y doliente, esa Gabriela que sin reconocimiento nacional gana el Premio Nobel en 1945 y es celebrada fuera, y hasta participa en la Reforma Educativa mexicana, de modo aguerrido, poniendo a la orden todo su conocimiento, para celebración de Vasconcelos, y enhorabuena, y solo cinco años después le es concedido en Chile el Premio Nacional de Literatura.

Un ser humano de convicciones, construida interiormente con la fortaleza de quien cree en el amor a los suyos y en el diseño de un proyecto colectivo, en donde la tarea del maestro tiene rasgos fundamentales en su acción.

“Dame el amor único de mi escuela, que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes”.

El maestro, la maestra, entregados a su misión, alude a ellos en *El grito*; pero también lo hace al artista, al industrial, al periodista. Su manifiesto corresponde a una voz de alerta enmarcada en su contexto histórico. Refiriéndose al Norte, a los Estados Unidos, señala: “... nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia”.

Su pasión latinoamericanista es absolutamente translúcida en su obra poética como en sus ensayos o artículos de prensa; ello describe su posición ante el mundo y es un hilo conductor de su pensamiento.

Se concibe como un soldado al pensarse como maestra, escribe un poema a las manos de los obreros (*/Las oigo correr telares; / en hornos las miro abrasadas. / El yunque las deja entreabiertas / y el chorro de trigo apuñadas*).

En su poema “Sol del trópico”, leemos:

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,

como la jícara de Uruapan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

La unión del Continente, la valoración de su historia, su cultura, sus razones esenciales están presentes en su escritura, y con ello una certera convicción en las ideas de Bolívar, desde la dimensión de su concepción de nuestra América como un proyecto que requeriría de la participación y la entrega.

Es alentador el considerar que el esqueleto, la estructura sustentadora de la obra de la escritora, se edifica sobre esa concepción ideológica de la defensa de lo que fuera el proyecto de Bolívar y, por lo tanto, su sueño. Y tal consideración, en su lucidez histórica, se sostiene en el afán de mantener las banderas en alto:

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de los que enseñé.

Lo que puede tener un reflejo equivalente en el Bolívar de *Mi delirio sobre el Chimborazo*, en su afán de señalar la inmensidad de la tarea que le esperaba, al describir la voz de la Gran Colombia requiriéndole: *En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, / abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.*

Valga el elogio para quien diseñó con su vida una obra majestuosa, catedral de palabras, y se acercó a lo sencillo para decirnos de lo grande. Terminemos, pues, estas reflexiones con unos versos del poema “La cuenta-mundo”, que le pertenece: *Niño pequeño, aparecido, / que no viniste y que llegaste, / te contaré lo que tenemos / y tomarás de nuestra parte.*

Laura Antillano

Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela

Agosto de 2012

Referencias:

<http://www.gabrielamistral.uchile.cl/> Centro Virtual Cervantes:

Iván Carrasco: “Poema de Chile: compleja herencia poética mistraliana”.

Fernando Moreno Turner: “Gabriela Mistral, una reflexión poética sobre la identidad americana”.

Gabriela Mistral: *Magisterio y niño*. Ed. de Roque Esteban Scarpa. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1979.

Laura Antillano (Caracas, 1950). Hija adoptiva de Maracaibo y profesora de la Universidad de Carabobo. Considerada una de las escritoras contemporáneas más relevantes de Venezuela. Autora, entre otras obras, de las novelas *La muerte del monstruo come-piedra* (1971), *Perfume de gardenia* (1982), *Solitaria solidaria* (1990), y de los cuentos *La bella época* (1969), *Cuentos de película* (1985), *Tuna de mar* (1991).

*Nuestra América
ya no es un vagido en el aire del mundo;
ella es una voz ancha
que bien podría volverse poderosa
en bien del mundo.*

G. M.

Índice

Prólogo (Jaime Quezada)	7
América, América	15
Nuestra América	17
El grito	19
Salve, América	21
Voto en el día de las Américas	24
América	28
Libertadores	31
Simón Bolívar	32
Padre Bolívar	33
El rostro cuarentaero de Bolívar	43
La ambición de Bolívar	47
Poltronerías	50
La falsa estampa	54
José Martí	58
Martí	59
El hombre José Martí	60
El trópico y José Martí	66
Augusto César Sandino	73
Hijo Sandino	74
Sandino (I)	76
Sandino (II)	80
Sandino (III)	84

Pensar nuestra América	87
La faena de Nuestra América	88
Coincidencias y disidencias entre las Américas	94
Antillas	98
Sentido del 12 de Octubre	106
La fiesta de la lengua española	110
Sobre la paz y la América Latina	114
Notas y referencias	121
Epílogo	127
Diálogo entre Gabriela Mistral y el sueño de Bolívar (Laura Antillano)	128

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Padre Bolívar
Recados de la América Nuestra
se terminó de editar en formato digital en
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
en el mes de septiembre de 2021.





Seguir el camino bolivariano de independencia y ratificar la decisión de mantener el compromiso de unidad de los latinocaribeños continúa siendo el reto patriótico de quienes no pueden ver la mayor parte del continente americano en medio de ingentes adversidades, sin dejar de ponerle en claro al mundo que se trata de dolencias derivadas de la injusticia que acosa a los pueblos que se atreven a ejercer su libre autodeterminación. Es este el mensaje que a través de la obra poética y de artículos de prensa evidencia esta valiosa recopilación, *Padre Bolívar. Recados de la América Nuestra*, en la cual se plasma no solo la necesidad del reconocimiento a la diferencia cultural con el Viejo Mundo, surgida de la mezcla racial ocurrida en la mayor parte de América, sino el ingente aporte que dejaron con su ejemplo nuestros padres libertadores en la formación del sano nacionalismo que nos acompaña.

Gabriela Mistral (Vicuña/Chile, 1889 – Nueva York/EE. UU., 1957)

Un profundo pensamiento pedagógico acompañó su desempeño como diplomática y profesora. Lucila Godoy –su nombre de pila– fue una de las poetas más notables de la literatura chilena e hispanoamericana. Se le considera una de las principales referentes de la poesía femenina universal y por su obra obtuvo en 1945 el primer Premio Nobel de Literatura para un autor latinoamericano, antes que el Premio Nacional de Literatura que le otorgara su patria natal en 1951.

Jaime Quezada (Los Ángeles/Chile, 1942)

Además de poeta, ensayista, prologuista y crítico, es gran investigador de la literatura chilena y americana, cuyos aportes han permitido ampliar el conocimiento acerca de autores y obras fundamentales de nuestro patrimonio cultural latinocaribeño. Autor de la selección, prólogo y notas en *Las cosas rotas y otras sesenta odas elementales de Pablo Neruda*, *Antología de Ernesto Cardenal* y *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo de Gabriela Mistral*; también aporta su propia poética como *Palabras del fabulador*, *Astrolabio*, *Pájaro de cuentas* y *Huerfanías*, que alterna con sus antologías.

